

LORENA FLORES
MOSCO

Eva y el tiempo



Narrativa



Editorial
Cultura

Eva y el tiempo

LORENA FLORES MOSCOSO

BIBLIOTECA NACIONAL DE GUATEMALA
“LUIS CARDOZA Y ARAGÓN”

863

F634

Flores Moscoso, Lorena

Eva y el tiempo/ Lorena Flores Moscoso.—
Guatemala: Ministerio de Cultura y Deportes, 2021.
124 p.

1. Cuentos guatemaltecos
 2. Literatura guatemalteca
- I. t.

PRIMERA EDICIÓN | Guatemala: Editorial Cultura, 2012.

- © Lorena Flores Moscoso, 2012.
- © Por la presente edición, Ministerio de Cultura y Deportes de Guatemala, 2021.

* EDICIÓN AL CUIDADO DE EDITORIAL CULTURA *
Francisco Morales Santos—Carlos Arrazola, asesor
editorial—M. A. Guzmán, P. Méndez-Moreno;
S. Alaya, K. Contreras, M. F. Toledo, corrección—
M. Díaz, W. González, A. Reyes, diseño de
colección—A. Reyes, ilustraciones de portada.

Impreso en Guatemala
Printed in Guatemala

ISBN | 978-9929-774-54-4

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, binario u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

LORENA FLORES MOSCOSO

Eva y el tiempo

CUMPLEAÑOS FELIZ

Estaba partida en dos, tres, cuatro, en miles, en infinitas partes. Sus partículas estaban uniéndose al vasto universo. Jamás volvería a ser la misma. Su padre amaneció con el corazón roto y ella se contagió. Nadie podía hacer nada por ellos ni los médicos, ni la ciencia, ni los rezos.

La muerte de su padre había sido la culminación de una profecía. Él estaba convencido de que al momento de nacer había quedado inscrito que moriría del corazón como el resto de su familia. Al recordar la sentencia un frío sobrecogedor la invadía. Esta sensación fue más tarde desplazada por el terror de ver cumplido el augurio. Temía por sí misma. Por su cuerpo corrían los mismos genes. Seguramente ella también moriría gracias a su tonto y blando corazón.

Pálida, con sombras en los ojos, la mirada perdida, enfundada en unos pantalones grises y con hueco en el alma, en el estómago, vistiendo una blusa negra de cuello alto, el pelo en coleta y con las manos frías, permanecía sentada en la banca de la iglesia. Escuchaba atentamente el Evangelio. El sacerdote hablaba sobre la promesa de vida eterna, debíamos morir para vivir. Lloraba con cada palabra y él le lanzaba una mirada reprobatoria. Durante la Oración Universal sucedió lo mismo, las lágrimas salían a borbotones y él movía la cabeza con un dejo de reproche. El llanto era abundante, inagotable, salobre, amargo y ardiente. No podía detenerlo, le era imposible dejar de pensar en los restos de su padre, desintegrándose ante la vista de un mar de indolentes.

El sacerdote invitó a quien quisiera pasar al frente y decir algunas palabras sobre su padre o dar un mensaje de consuelo para ella y su hermana. Muchos de los asistentes lo recordaban y algunos otros, muy pocos, lo amaban y querían decirselo. Además, una iglesia abarrotada nunca es un escenario despreciable. Un orador tiene pocas oportunidades de hablar frente a una audiencia silenciosamente consternada y atenta. Sin embargo, no hay que olvidar que todo muerto se convierte en santo y por lo tanto hay que cuidar lo que se dice.

Muy pomposamente pasaron al frente amigos, compañeros de trabajo, familia, los primos lejanos y los tíos aún más lejanos. ¿De dónde había salido toda esta gente? ¿Dónde estuvieron antes? ¿Dónde? En el hospital estuvo solo, de vuelta en casa estuvo solo, mientras moría estuvo solo. Ahora que estaba muerto, la fila de personas aguardando para hablar de él era interminable. Después de un rato hasta el sacerdote lucía impaciente.

Los asistentes fueron perspicaces en entender la serie de largos suspiros emitidos solemnemente por el señor cura. Quería que se sentaran para poder proseguir con la misa. En cuanto bajó el último orador el sacerdote se puso de pie, esperó unos segundos y a su señal la soprano entonó las primeras notas del Ave María. Los violines estaban listos para entrar cuando un murmullo se esparció por la nave principal hasta llegar al coro. Atónita la cantante calló. Sara como ánima en pena, salida del mismísimo purgatorio, se encontraba en el púlpito. Los veía impávida con sus grandes y profundos ojos color lodo.

Tomó el micrófono y pidió silencio. Unos cuantos permanecieron con los ojos puestos en ella, otros bajaron la mirada y cuchicheaban entre sí. Sara esta vez ordenó que callaran. Aún no había empezado a hablar y algunos ya estaban apenados por lo que diría. La vergüenza ajena podía verse en sus rostros. Sin hacer caso de las miradas, carrasperas o toses

nerviosas, Sara dijo: Mi padre fue un gran hombre, sin duda lo fue. Sin embargo, un día su grandeza lo abandonó. ¿Qué quedó entonces, qué fue del gran hombre? En su lugar quedó un viejo, un loco, para los médicos se convirtió en un caso más, para los amigos en un conocido a quién debían visitar rápidamente los domingos, para la familia, un motivo de preocupación y en algunos casos una carga, para las estadísticas otro viejo muriendo.

Nadie se atrevía a murmurar, mucho menos a decir algo. Sara volvió a llorar y las lágrimas la cegaron, impidiéndole ver las miradas críticas y cómplices. Tampoco pudo ver los rostros rojos y culpas en el pecho. Siguió hablando, su voz se entrecortaba al contar que su papá llegó al hospital con el corazón roto y la piel blanca como la sábana. Ella vio cuando lo examinaron, diagnosticaron y despojaron de todo. Luego lo encerraron en una habitación y ella ya no pudo verlo sino hasta que llegó el sacerdote y los puso a rezar. Mi padre estaba frío, rígido, con los labios contraídos y su ser roto. Junto a él rezaban por un milagro que no sucedería. Aquellas palabras retumbaron en los oídos de los presentes.

Después de santiguarnos, la enfermera nos sacó y después de unas horas murió, solo. Nadie estaba con él, absolutamente nadie; hasta la grandeza lo había abandonado. En ese instante el murmullo subió de tono, alguien de la familia se acercó por atrás para pedirle que bajara del púlpito y su hermana pedía disculpas por ella. Está muy nerviosa; pobrecita, decían sin cesar.

Tambaleando, bajó las escaleras; sin oponer resistencia, se dejó conducir hasta la banca. Su hermana se sentó a la par y le ordenó que guardara la compostura. En ese momento algo en Sara explotó, soltó la mano de la que la sostenía-aprisionaba y corrió, corrió y corrió. Esta vez no hubo murmullos, solo un ensordecedor silencio.

De cuando en cuando escuchaba a alguien preguntándole si estaba bien. Ella, sin contestar, se preguntaba quién se atrevía. Luego sonreía-lloraba-sonreía y volvía a llorar, mientras decía estoy bien. Así debía responder, lo había acordado con su hermana. Después de un rato ya no le costó decirlo. Se había perdido en el laberinto de la funeraria. Se sentía incapaz de encontrar la salida. Todos los caminos parecían llevarla a altares o ataúdes. Era una pesadilla. ¿Cuándo despertaría, cuándo?

Está cansada; harta de estrechar manos y de recibir besos y abrazos no deseados. Hasta que alguien sugirió que se marchara a casa y se diera un baño. Sin duda le caería bien. ¿Un baño de tina o uno de ducha? ¿De lluvia quizás? Un diluvio no le caería mal. Nada mal. Se marcha a casa, se ducha, pero, no se siente mejor. Sin embargo, cuando vuelve y le preguntan si el baño le ha sentado bien, ella dice que sí. Todo el mundo confía en el agua. Es maravillosa-milagrosa-purificadora, lo mejor es que se mezcla con las lágrimas y así ya no sabe tan salada.

Se duchó, ahora le piden que se arregle el cabello. No quiere discutir; complaciente, lo recoge en una coleta, la hermana la maquilla. Quiere que oculte sus ojeras. Se ve muy descompuesta, muy rota, muy pálida, muy triste. Nada parece suficiente. Ahora insisten en que coma. Qué si quiere agua. No. Entonces Coca Cola, te o café. Sorbe algo, la asalta el asco.

La vida es un asco, siente náusea, quiere expulsar el DOLOR. El agua es una farsa; no se lleva la tristeza; la Cola es una farsa, no calma el llanto. El sufrimiento no desaparece, solo se convierte; pasa de ser dolor a miedo. Miedo de heredar, de heredar la culpa, el cansancio, la locura, el corazón roto.

A lo lejos escucha a alguien decir: Sara se ha alterado de nuevo. Denle algo para tranquilizarla. Otra voz un poco más

dulce le dice: debes entrar en razón, cálmate; a tu corazón no le pasa nada. Ella no le cree, sabe que tarde o temprano estallará.

La gente-fantasmas-familia-amigos empiezan a invadir su mausoleo privado. En eso se ha convertido su casa. Ella deambula por los rincones, evadiendo a los convidados, se detiene en la ventana para ver caer la lluvia. El cielo ha decidido unirse a su tristeza. Se fuma un cigarrillo, contiene las lágrimas, contesta preguntas estúpidas, sonríe de medio lado, no sabe qué más hacer. Afortunadamente volvió a ser la mujer perfecta. Está bañada, tiene el pelo recogido en coleta y vestida de negro; se ve preciosa.

Se ha puesto el vestido que su hermana le regalo por su cumpleaños. Todos lo han elogiado. El negro le sienta bien, la hace ver más espigada, resalta el rojo de su cabello aunque según su tía Mary la hace ver un poco más pálida. Pero eso no es malo. Enciende otro cigarrillo, no aguanta más, quiere huir de tanta estupidez. Se escabulle poco a poco hasta la biblioteca; los libros siempre son un refugio seguro. Ningún necio o tonto entra en aquel sagrado recinto. Allí se siente a salvo.

La habitación está llena de historias, tal vez pueda apropiarse de una más feliz. Tal vez vuelva a ser alguien con padre, alguien sin dolor o encontrarse con alguien que la entienda. Alguien como Hamlet que espera noche tras noche la visita del fantasma de su padre. Él seguro la entendería. A él no le parecería una locura que ella también espere su visita. Ella sabe que vendrá. Él no la decepcionará. Entre ellos hay asuntos pendientes. Sara está de cumpleaños y ese día su padre siempre le da un beso en la frente y la abraza fuerte.

Confiada lo espera hundida en su sillón de cuero, cubierta con una manta. Él vendrá. Hay frío, está cansada y quiere dormir pero lucha con el sueño. La casa va recobrando la calma, las voces se apagan poco a poco, los invasores se van

dejando copas vacías y ceniceros colmados. Soñolienta ve el reloj, el día está por terminar y él no llega. Maldito día, por qué si su padre la amaba escogió ese día para marcharse.

El sonido de unos inconfundibles pasos la despierta. Con voz excitada pregunta: eres tú Papá. ¿Papá, papito, estás allí? La luz devela una dulce sonrisa. Feliz Cumpleaños princesa. ¿No puedes dormir? ¿Quieres que te abrace y espere hasta a que lo hagas? Sara asiente, él se acerca, la abraza, la besa y la cubre con la manta. Quiere mantener el frío de la noche y el frío de la muerte lejos. Muy lejos.

El alba se asoma, los rayos de luz inevitablemente la despiertan. Abre los ojos adoloridos y comprueba que su padre se ha ido. Ahora sí la ha dejado sola. Solo le queda el recuerdo de un beso de sus labios fríos. A Sara por fin se le extinguieron las lágrimas. Ya no sale ni una sola. Hundida en el sillón se arquea, el dolor la dobla pero ya no puede romperla. Tiembla, el frío de la muerte ha tomado posesión de la casa, de la habitación, del sillón, de sus huesos. Su hermana le dice que delira. Eso es, tiene fiebre y todo es un mal sueño. Su padre no ha muerto.

Lucidez maldita, lucidez en pastillas, pastillas de felicidad, su hermana le pide que no olvide tomarlas. Es por su bien. Acerca el vaso con agua, las pastillas rozan la garganta cauterizando las heridas de la rabia. Suspira, pronto la transportarán a otro mundo, uno sin recuerdos. Un mundo donde su padre no ha muerto. Malditas pastillas de lucidez forzada-frágil-inestable-fugaz-lucidez. Duerme corazón, duerme, beso en la frente, papá se ha ido. Duerme muñequita linda, duerme.

ÁGATA

¡Por los clavos de Jesucristo denme mis pastillas! Quiero mis pastillas. Necesito mis pastillas. Quiero hablar con el doctor. Llamen al doctor Aguirre, necesito que venga. Díganle que no sea ingrato. Ustedes me quieren matar. O llaman al médico o me dan mis pastillas pero hagan algo por amor a la Virgen Santísima.

—Se tomó una hace una hora. No le puedo dar más. Entiende doña Lucy. Por favor tiene que volver a la cama.

—Me voy a morir. No me quiero morir. ¡Denme mi pastilla! Me duele. Ya no aguanto. ¿No lo entienden? No sean ingratas.

Doña Lucy, no podemos. Se le adelantó la dosis porque usted tenía mucho dolor. Cállese o llamamos a su hija. Vuelva a su habitación.

—¡No! No la llamen por favor. No sean así. Me quieren ver llorar. Eso es lo que quieren verdad. Dénmelas, yo misma llamo al doctor. Van a ver cuando venga.

—Entienda, doña Lucy, ya se le dieron. No le podemos dar más. Tranquilícese. El doctor viene en una hora y si quiere habla con él.

—Yo no puedo esperar. En una hora estaré muerta. Llámelo ahora. Él si va entender. Llámelo, por nuestra madre la Virgen. Márqueme y yo le hablo. ¡Llámelo!

—Doña Lucy está despertando a los otros pacientes. Vamos a su habitación y no vuelva a salirse. No puede estar en los pasillos. Venga, vamos, tiene que entrar.

No me toque. Aaaaay. No me toque que me lastima.

—Doña Lucy no grite que no le estoy haciendo nada. Cálmesese que está despertando a todos. Sino se va a su cuarto llamaré al enfermero y la vamos a tener que atar.

—Quiero mis pastillas. Si me da una pastillita me calmo. Se los juro ya no molesto. Solo una. Hay Jesucristo, solamente tú sabes lo que me duele. Castiga a estas ingratas que no se apiadan de mí.

—Vamos, vamos, camine. Si entra llamo al doctor para que platique con él y si él nos autoriza le damos su pastilla. Acuéstese. Así, calmadita.

—¡Aaay, Dios las va a castigar! Me engañaron. Yo no quiero estar aquí. Me duele. No ven que me estoy muriendo.

La voz de doña Lucy se apaga tres horas después. —Gracias señorita, usted sí es buena. Lo único que quería era una pastillita. La fotografía de Ágata, la buena samaritana, cubrió la primera portada de los diarios por varias semanas. Al cabo de un mes fue sentenciada a cadena perpetua por la muerte de más de una decena de ancianos.

AGUSTÍN

Querido yo vivo de los hombres, pero no quiero vivir de ti. ¿Entiendes? Esas fueron las palabras que María le dijo a Agustín en su segunda cita. No le hizo gracia no ser el único, ni la descarnada forma que tuvo María de decírselo, sin embargo la siguió frecuentando y a pesar de todo se enamoró de ella.

Sus pequeños ojos nunca se cansaron de verla detenidamente. Jamás dejó de recordar la primera vez que la vio. Fue en la fiesta de la Asociación de Compositores. Esa noche Agustín bebió hasta perder la conciencia. Despertó al sentir en su oído la suave corriente de un susurro. Al abrir los ojos, a su lado, estaba una bella mujer sonriéndole. Sin preámbulo —le dijo— necesito cincuenta pesos para el taxi. Acostumbrado a ese tipo de peticiones, sin dudarlo, extendió la billetera. Adormitado la vio marcharse y él quedó sumido en el estupor. Al poco tiempo volvió a sentir el susurro en su oído —el taxi espera por ti. No olvides decirle dónde vives, no quisiera leer en los diarios que el maestro desapareció.

Agustín insistió, le rogó que se marchara con él. No puedo —contestó— vine con alguien más pero el martes te veré en la Blanquita a las seis. Sin esperar respuesta se levantó y él se quedó contemplándola hasta que desapareció tras una puerta.

El martes, puntual como siempre, la esperaba en la barra. La vio entrar entre bocanadas de humo. El reloj marcaba las seis y cuarto y el tango negro sonaba en el fondo. (En un café de céntrica avenida bailaba el tango suspirando amor, era de negro como ella se vestía y resaltaba más su perdición). Ella vestía de negro riguroso y tenía la cabeza cubierta con una mantilla.

Sonrió al verlo y se dirigió hacia él con decisión. Agustín tomó la mano extendida entre las suyas y la besó.

—Disculpa la tardanza—. Ante la incredulidad de su acompañante dijo —Venía de misa, de cuando en cuando recuerdo que soy devota. Quisiera serlo más seguido pero, para eso se necesita tiempo y no lo tengo. Sin embargo, nunca abandono a San Antonio, siempre que necesito algo me atiende.

El mesero tomó la orden y ella un pitillo de la cigarrera de Agustín. Él se inclinó para encenderlo y ella rozó con descuido su mano. Se desplomó con gracia sobre la silla y suspiró liberando una densa columna de humo. Cerrando los ojos preguntó —querido dónde has estado todo este tiempo.

Desde ese día Agustín solo podía pensar en ella. Quería dárselo todo pero callaba su amor. María se lo había advertido en muchas ocasiones: no te enamores de mí y si lo haces no me digas que me amas, solo hazlo.

Como dolía amarla y aún más cuando le decía: te gusto porque acabé con tu soledad. Shhh, no me interrumpas. Tu agradecimiento se convertirá en amor. Hacerme amar es mi profesión. No tienes opción. Yo en cambio no me enamoro, pero querido, jamás dudes que te quiero—.

No me digas esas cosas María —le pedía Agustín. Consciente de su angustia ella trataba de calmarlo diciéndole —no hagas caso querido—. Aunque horas o días después volviera a sacudirlo con sentencias como —Llegará el día que aún a pesar tuyo desearás complacerme—. Tímido y desconcertado, contestaba —seguramente lo haré— mientras sus pequeños ojos llorosos la veían con gran admiración.

Agustín rentó un pequeño piso en el centro. Allí se veían a gusto pero sin compromiso. Algunas noches incluso se quedaban a dormir. A la mañana siguiente María lo afeitaba —No te muevas—. Aquellas palabras provocaban en él un profundo miedo. Su respiración se entrecortaba, al cerrar los

ojos imaginaba un profundo corte en su garganta y temblaba. A media mañana se despedía colocando su mano fría sobre el corazón de Agustín, le susurraba —querido mi misión es enseñarte a vivir—. Se despedía y él se quedaba pensando en ella como un espejo donde se reflejaba cada uno de sus deseos. Lastimosamente, para él, en María se reflejaban los deseos de muchos.

Otras de las lecciones aprendidas fue que los celos con ella no valían de nada. No atendía a reclamos más si a ruegos y que siempre lo compensaba. —Te traje esta belleza para que no te sientas solo cuando yo no estoy. Llámala *Querida* y cada vez que ronronee piensa en mí—.

Muchas noches, junto a su gata, Agustín cantó y tocó su famosa “Noche de ronda”, esperando ansioso el regreso de María. “Dime si esta noche tú te vas de ronda como ella se fue, ¿con quién está?, dile que la quiero... que vuelva ya”. *Querida* subía a su regazo y ronroneaba junto a su pecho.

Agustín dejó de ser visto en fiestas y raras veces se reunía con sus amigos. Sospechaban que su ausencia se debía a una mujer. Él se rehusaba a comentarlo, no quería enterarse que alguno de ellos la conocía o sabía de sus encantos. Finalmente aceptó ir a la fiesta de disfraces de Federico del Valle.

—Tendrías que habérmelo pedido antes, acepté ir con alguien más. Le dijo María sin más.

Se enfadó mucho pero decidió que iría sin ella. Esa noche él no se quedaría a lamentarlo. Ya no quería verla, tampoco saber cómo iba disfrazada. Si lo sabía no tendría paz en la fiesta. Agustín se mezcló entre los invitados y empezó a beber. Pocos minutos antes de la media noche, triste y agotado se sentó en un rincón. Estaba a punto de llorar cuando escuchó un conocido susurro —acompañame—.

Ella lo condujo por un corredor hasta una habitación. Inmediatamente Agustín se rindió en la cama.

Shhh... calla, tranquilo —le decía —mientras lo besaba y desabotonaba su camisa.

A la mañana siguiente cuando despertó María estaba sentada en una silla sonriendo y fumando un cigarrillo. Junto a él, en la cama, una extraña. Agustín se cubrió con las sábanas. A ella aquel gesto le pareció terriblemente tierno. —Anda Agustín —no pasa nada. Verónica ocupó anoche mi lugar. ¿Es bella verdad?

Verónica bostezaba y él seguía sin entender. Había sido víctima de una nueva lección. —Se puede compartir el lecho sin amor e inclusive gozarlo. Ahora entenderás mejor mis ausencias. Ven, vístete y vamos a casa. Aquel día algo se rompió dentro de Agustín. La amaba pero también la odiaba.

Las visitas de Verónica se hicieron costumbre. *Querida* estaba celosa y se rehusaba a ronronear. María llegaba entrada la noche o muy temprano por la mañana. Siempre ardiente y hermosa. Al verla él sentía que con ella el placer no tenía límites. Su ánimo se volvió deliciosamente agridulce, la amaba con gratitud y violencia y a ella parecía gustarle.

El tiempo pasó. Agustín, María, Verónica y *Querida* compartían por turnos el pequeño piso del centro. De nuevo llegó la fiesta de Federico del Valle y esta vez asistieron los tres aunque en cuanto llegaron se vieron separados por el gentío. Agustín las buscaba con desesperación, todas se parecían a Verónica pero ninguna a María. María en cambio lo veía a distancia. Le conmovía verlo como un niño en busca de su madre. Sus ojos finalmente se encontraron, él reconoció la sonrisa burlona de su amada. Ella lo recibió con un beso en la frente. Él la tomó del talle y le dijo —te amo—. María lo alejó. —Siempre te he querido, si quieres que siga haciéndolo no lo vuelvas a decir. Luego, como si nada hubiera sucedido, tomó su mano y lo llevó a la pista de baile. La banda tocaba una canción que Agustín había compuesto para ella: *Te dije*

muchas palabras, de esas bonitas, con que se arrullan los corazones pidiendo que me quisieras...

Esa noche María se marchó con el joven solista de la banda. A petición suya, Verónica dejó a Agustín solo en el piso. Liberándose del disfraz se sentó al piano y con la primera nota *Querida* subió a su regazo. Esa noche, el maestro, compuso su ópera prima. Era ya de mañana cuando María regresó. Al subir las escaleras lo escuchó cantando y lloró por primera vez en mucho tiempo. Se quedó detrás de la puerta hasta que la música cesó. Al abrir la puerta sus ojos se posaron en el cañón presionando la sien de Agustín.

CANCIÓN DE CUNA

Los caracolitos verdes parecían los ojos del mar. Estaban pegados a las rocas y desde allí lo observaban todo. El brillo esmeralda que destellaban al bajar la marea me recordaba a mi padre. A su mirada. Él también tenía los ojos verdes y era como un caracolito. Su ser se arremolinaba dentro del caparazón y no dejaban que se escapara ni un suspiro.

Por las noches me cantaba para que el sueño acudiera, cuando él se fue yo repetía la tonada pero no acudía, el sueño no llegaba. Quería dormir así que recurrí a los números que venían uno tras otro como las olas del verde mar y me hipnotizaban. Mis ojos cerraban y yo ya no era dueña de mí misma. Sin importar lo que hiciera, la mañana llegaba e interrumpía la aventura, el sueño o la pesadilla.

Despertaba cansada pero ansiosa de contarle a alguien mi nueva historia. Mamá me decía que mejor las escribiera y que no se las contara a extraños porque seguramente no las entenderían. A mí no me importaba quien las oyera. Yo solo quería contarles lo que sucedía cada noche. Junto a mis compañeros, como los llamaba mamá, vivía situaciones fantásticas. No siempre eran bonitas, incluso algunas eran horribles y muy reales.

La hora de ir a la cama empezaba frente un vaso de leche, luego venían los rezos, los números y por último la palma de mi madre en mi espalda diciéndome que les pidiera a mis compañeros que me dejaran descansar. Ella quería creer que si se los pedía, ellos me escucharían y aguardarían en silencio hasta el día siguiente. Yo lo intentaba, pero ellos no me ha-

cían caso. Tal vez sospechaban que lo que realmente quería era que se fueran para siempre, y se negaban. Mis compañeros eran como los incendios que se desprecian, siempre vuelven con más fuerza.

No se iban, jugaban conmigo. Un día, por ejemplo, dispusieron que soñara que dejaba de ser yo y me desperté Simo-neta. No sé por qué me bautizaron con ese nombre. Simple-mente dejé de llamarme como mi madre o como mi abuela. Era otra, con un nombre ajeno a mi árbol genealógico. Las ramas estaban cortadas.

Yo misma o alguien más las había podado con unas grandes y afiladas tijeras. Los nombres de Julián y Juana, Emilio y Eloína cayeron como manzanas maduras. Los nuevos frutos eran lustrosos, rojos y jugosos pero sin semilla. Hambrienta tomé uno del suelo y a cada mordida su dulzura salía por la comisura de mis labios.

En el hospital dijeron que las convulsiones podían afectar mi habla. Me advirtieron que los medicamentos harían que las palabras se tropezaran, pero que debía guardar la calma, esperar y dejar que se ordenaran. Me pareció cómico. Imaginé que de ahora en adelante las palabras serían como mis amigas en la escuela que a la hora del receso salían alborotadas, pero que en cuanto sonaba la campana hacían una perfecta fila en orden de estatura y entraban a clase.

No solo las palabras se tropezaron, también lo hicieron las ideas, mis movimientos y sobre todo mis sueños. Ahora los ojos verdes del mar, de mi padre, se tragan cuanto ven. Después se oscurecen hasta convertirse en unos ojitos negros como puntitos de alfiler que se clavaban dentro, muy dentro, hasta pinchar la última palabra de mis latidos, luego despierto.

Otras noches mis ojos no se abren. El tiempo corre tras de mí, tiene prisa, quiere dar a luz. Ambiciona tener hijos, dejar una huella o simplemente cantarles una canción de cuna. Los

minutos me gritan que buscan mujeres bellas, que son madres y que dan nietos, solo ellas son bellas, las otras son como los ricos que al morir dejan propiedades, no como los pobres que dejan afectos. Yo suspiro y me encojo de hombros. Eso enfurece a los segundos que me empujan hasta llegar a un espejo. No veo mi rostro, no sé si soy bella.

Calla, calla que la niña duerme. *Pajarillo que cantas en el almendro no despiertes al niño que está durmiendo. Pajarillo que cantas en la laguna no despiertes al niño que está en la cuna.*

Pajarillo, las niñas también despiertan.

FRAN HOFFMAN: SE TE EXTRAÑA

Nadie sabe con certeza qué cruza por la mente de quien está en el instante previo a acabar con su vida. Nadie lo sabe ni lo sabrá. Al parecer es una incógnita indespejable. Si muere, se lleva la respuesta con él, y si sobrevive, nunca lo dirá. No se expondrá a la incomprensión, a los consejos, ni a la lástima de terceros. Lo único posible es hacer conjeturas, algunas quizás benevolentes pero siempre con un dejo de crítica o repudio. Nadie se atrevería a estar abiertamente de acuerdo con un suicidio. Estos pensamientos danzaban en la cabeza del doctor Abelardo Finch mientras veía los rostros de los recién llegados, o en algunos casos reingresados al Centro.

Sentados en un círculo estaban Donna, Fran, Eric, Joseph y el Dr. Finch. Todos, menos uno, tenían o tuvieron una propensión inusual al suicidio. Esta vocación suicida estuvo presente en ellos desde chicos. Mientras la mayoría de niños pensaban en jugar a las escondidas, comer caramelos, mirar televisión o evitar hacer las tareas escolares; ellos pensaban en el revólver escondido en la parte superior del armario, en las pastillas para dormir de mamá, en lo atractivo que lucían los coches recorriendo el boulevard a alta velocidad o en la afilada y brillante navaja de papá. En su infancia fueron cualquier cosa menos niños. Crecieron como adultos atormentados por el peso de los años. Se sentían de paso, escasos de tiempo, fuera de lugar y toda opción para dejar este mundo los atraía de una forma indescriptible. Para ellos el suicidio era algo mágico, sublime, redentor y sobre todo, liberador.

Muchos empezaron a intentarlo antes de cumplir la primera quincena y antes de alcanzar la veintena todos lo habían hecho. Irónicamente, tenían tantas vidas como un gato. Iniciaban el día aburridos de estar vivos y por las noches soñaban que la negrura los devoraba en silencio, sin oponer resistencia. Sus familiares y amigos, cansados de estar pendientes de mantenerlos respirando decidieron protegerlos de sí mismos entre los muros de la prestigiosa clínica del doctor Finch. Necesitaban creer en un milagro, en el día en que dejaran de sentir tan vehementemente las ganas de morir. Aquellos muros habían soportado dolores indescriptibles, pero la falta de ilusión de estos chicos los pondría a prueba.

Estaban sentados uno al lado del otro, aunque la distancia entre ellos era abismal. Para Finch esos rostros impasibles y fríamente inmóviles eran terriblemente intimidantes. Los veía como unos niños cuyos cuerpos se habían adelantado a crecer, dejando sus mentes y corazones rezagados. Ellos por su parte siempre sintieron el estigma de ser una anomalía ambulante.

Joseph rompió, con grave voz, el silencio. —No sé por qué estoy acá y por qué les cuesta tanto comprender que he decidido ponerme un plazo—. Esto lo decía mientras jugaba con los vendajes de sus muñecas. A pesar de ser recientes estaban sucios y rotos. Disfrutaba deteriorándolos a base de un manoseo compulsivo. Percudidos y desgarrados, disimulaban lo reciente de su intento por acabar con su vida. Aparentando no inmutarse, Finch preguntó a partir de cuándo entraba en vigencia el plazo. Desconcertados, los demás aguardaban con gran expectativa su respuesta. Joseph, rápida y sarcásticamente contestó —hasta el próximo intento—. Al unísono se echaron a reír.

Se preguntarán qué de risible hay sobre la muerte o en el deseo de morir. Absolutamente nada pero por

alguna razón reímos. Hasta en el rostro de Finch se asomó una sonrisa casi imperceptible. Sereno, levantó la vista y respiró profundamente, expulsando violentamente el aire por la nariz. En muchas ocasiones me pareció ver a Finch transformarse en un dragón cuyo fuego buscaba cauterizar nuestras heridas. Nunca sospechamos que utilizaría la idea del plazo para retornos a vivir o por lo menos a no intentar morir en lo que quedaba del año.

Nadie sabía que responder; Finch vio los provocadores y burlones ojos de Joseph a punto de responder; así que, sin darle oportunidad, volvió a preguntarnos si estábamos dispuestos. Nadie podía intentarlo; si lo hacíamos todos volveríamos a los medicamentos. Por alguna razón, ninguno cuestionó si no temía que alguien tuviera éxito en su intento y qué pasaría con él por habernos dejado sin las mágicas pastillas. El círculo continuó en silencio. Ninguno quería tener la responsabilidad de aceptar o rechazar la oferta. Ante nuestra pasividad, Finch propuso hacerlo en secreto. Escribiríamos en una hoja de papel Sí o No; la mayoría decidiría. Sin duda corrió un gran riesgo al confiar en nuestro juicio; en aquel entonces éramos lápidas sin fecha pero con nombre y apellido.

Su rostro se ensombreció al leer el primer papel; con el segundo, sus manos temblaron; con el tercero pensó que todo estaba perdido; sin embargo, el cuarto le hizo recobrar la esperanza. Uno de nosotros no quería morir. Sin dudarlo decidió mentir y declaró un empate; con su voto el plazo quedaba vigente. Curiosamente nadie lo cuestionó. Nadie quería compartir públicamente su respuesta. Hubo un rápido cruce de miradas; en el fondo, nos sentíamos aliviados. Gracias a esa persona que aceptó el reto seguimos vivos.

Joseph se levantó violentamente de su silla, la tomó del respaldo y la estrelló en la pared al mismo tiempo que gritaba —este estúpido plazo terminará y tarde o temprano voy a

hacerlo—. Finch, sereno como siempre, le pidió que recogiera la silla y se sentara. Envalentonado por la actitud de Joseph, salió de mi interior un murmullo —siempre habrá un buen pretexto. Donna me miró de reojo, con esos grandes ojos color lodo, y dejó salir una bocanada de desaliento por la boca. Después escuché por primera vez su voz.

—Si me preguntan mis motivos, no sabría contestar. No tengo ninguno. Tampoco los tengo para vivir. Si de eso trata, debería morir en este instante por falta de deseo. El suicidio es simplemente una decisión de vida. ¿Por qué vivir si uno no lo desea? Mucha gente solo finge que le agrada hacerlo y se ahoga en la cotidianidad para evadir, evadir y evadir. En algunos casos morir por mano propia es hasta un destello de heroísmo.

Fran la interrumpió rudamente diciendo que no había nada de heroico en el suicidio. —Es más, el suicidio es un acto cien por ciento egoísta —agregó.

—¿Egoísta? Inquirió Finch.

—Sí, el egoísmo es el principal motor; queremos dejar de sufrir; no nos importa cómo, ni quien lllore o se preocupe. Al morir no le estamos haciendo ningún favor a nadie. Con cada intento solo les dejamos incertidumbre y sufrimiento y somos tan egoístas que no nos importa.

—¡Basta! Déjame terminar, interrumpió Donna exaltada. —Malditos hombres. Sigo pensando que es heroico; cuántos crees que tienen los cojones de enfrentarse a la muerte. Al escucharla me sentía completamente conectado. No sentía ninguna necesidad en hablar, era como si sus palabras salieran de mi boca.

Dijo Joseph, con la voz a punto de quebrarse, —Supe que el suicidio era el camino cuando apenas tenía siete añitos. Mi abuelo enfermó y de ser un hombre robusto se convirtió en otro niño a cargo de mamá. Ella no lo dejó morir con

dignidad y se empeñó en mantenerlo vivo. Un día, harto de todo, se propuso dejar de vivir, y se negó a comer. Mamá nunca lo entendió y encima lo culpó de mi actitud. Dice que gracias a él me convertí en un depresivo crónico.

Queriendo cerrar su pensamiento, dije: la vida a veces pesa demasiado y simplemente buscan liberarse de ese peso.

—¡Bravo! Nuestro amiguito por fin habló, dijo Fran en tono burlón.

—¿No les da asco ser tan hipócritas? Dejen de buscar justificaciones. No las hay. Calla, deja de hablar estupideces gritó Joseph. —Enfurecido, Fran se levantó de la silla y se abalanzó hacia él. Sujetándolo fuertemente del cuello le gritaba: quieres morir, en verdad lo quieres.

Después de separarlos, Finch dio por terminada la sesión.

II

Entrada la tarde Finch recibió a Donna. Era su primera vez en la clínica, aunque había desfilado por casi todas las del estado. Había llegado dos días atrás totalmente sedada. Sus padres decidieron internarla para proteger a sus otras dos hijas. La última vez fue la pequeña Dione quien la encontró en la cama en un mar de vómitos. La chiquita no pudo dormir sin orinarse en la cama por varias semanas.

Según su expediente, Donna percibía su alrededor a punto de desbaratarse y a ella como la responsable de que no sucediera. Se sentía como un Atlas moderno con el mundo a cuestas. Apenas tenía 23 años pero, su piel ya había perdido toda lozanía. Pasaba todo el día en pijamas y con una cajetilla de cigarrillos en la mano. Sentada frente a Finch se retorció de un lado a otro en el sillón sin encontrar una posición cómoda. Él seguía leyendo su expediente dándole tiempo para que se

relajara. En la primera cita trataba que los pacientes hablaran sobre lo que ellos quisieran. Donna lo hizo encendiendo un cigarrillo tras otro.

Últimamente se había estado soñando frente al elevador de un gran edificio; pulsaba el botón y en cuanto se abría subía sin saber a qué piso se dirigía. Súbitamente las puertas se abrían en el último piso. El sol estaba en su punto, máximo, cegándola, un minuto después, negras nubes se apoderaban del cielo. Sin previo aviso empezaban a caer gruesas gotas que golpeaban sin clemencia su rostro. Al verlas caer al vacío, ella decide seguir las; justo en ese momento en el que saltaba cobraba conciencia de que estaba a punto de morir. Cerraba los ojos para no ver el pavimento y al abrirlos se encontraba nuevamente de pie frente al elevador y todo empieza de nuevo.

Al escucharla Finch supo que ella era su milagro. Donna no quería morir. Buscaba las palabras exactas para dirigirse a ella cuando Laura, la enfermera, entró corriendo a avisarle que Fran se había arrojado frente al coche de la lavandería. Don Justo logró detenerse a tiempo, Fran tenía algunos moretones y un par de costillas rotas. Lo necesario para mantenerlo fuera de circulación durante un tiempo. Finch llegó cuando Fran estaba siendo acomodado en la cama; al verlo, con tono burlón le dijo —el plazo empezaba mañana, no había tiempo que perder. Al volver a la oficina Donna se había marchado.

Al día siguiente fue la última en llegar al círculo, pero la primera en hablar. En una mano tenía un cigarrillo y con la otra jugaba con el mechero. Sin preámbulos, entre una bocanada de humo dijo: posiblemente en una vida anterior quise suicidarme, no aprendí la lección y, de castigo, me confinaron a un nuevo cuerpo. Sin embargo, me gusta pensar que es cuestión de tiempo y probabilidades para abandonarlo. Algún día dejaré de tener tanta suerte.

Todos, inclusive Finch, conocíamos la frustración de intentarlo y fracasar. Donna no hizo más que obligarnos a hurgar en nuestras historias personales.

Recordé el día en el que tomé el arma de mi padre. Tenía nueve años cuando sentí por primera vez la exquisita frialdad y la terrible pesadez del cañón. Mi padre entró al estudio y vio su revólver en mi sien. Con voz autoritaria preguntó: ¿Qué haces con mi pistola? —Quiero irme con mamá, respondí. Ella había muerto hacía casi un año y los dos la extrañábamos terriblemente. Arrebatándomela de las manos me dijo —las cosas se hacen no se dicen. Se marchó, dejándome a solas en el salón, llorando y deseando que alguien me abrazara. Pocos minutos después escuché el seco sonido de un disparo. Sin anunciarlo, mi padre se suicidó. Tuvieron que pasar quince años para que el olor a plomo y la presión del cañón en mi sien desapareciera.

Al terminar Donna corrió a mi lado y me abrazó. Un segundo milagro había ocurrido.

Día a día nos reuníamos en aquel tortuoso círculo donde el tiempo se esfumaba entre nuestras manos. Ninguno entendía por qué Finch nos tenía allí sentados escuchando nuestras historias de horror. Tampoco entendimos por qué, al terminar la primera semana, puso en nuestras manos un diario para que anotáramos cualquier cosa que nos rondara en la cabeza. Cuando lo tuve en mis manos, por un momento me quedé petrificado; las páginas en blanco me aterrorizaban.

III

Cuando conocí a Abelardo Finch tendría unos 40 años. Su esposa había muerto ocho años atrás, la edad de su hija Matilde. Al poco tiempo trasladó la clínica a su casa;

familiares y amigos pensaron que había perdido la razón; aquel no era un sitio para criar a una niña. A ella parecía no importarle tener la casa con extraños que necesitaban cariño. Para Matilde, su papá era un mago que restauraba corazones. A Finch le parecía conveniente poder tener a su hija cerca en todo momento. Al medio día la recogía, comían en algún lugar del centro o en casa de alguna de las abuelas. Regresaban a las tres y Matilde hacia sus tareas con Carmen mientras él volvía a la clínica; allí permanecía hasta pasada las ocho, era entonces cuando subía a comer y a arroparla. Antes de acostarse se encerraba en su estudio a repasar los acontecimientos del día.

Hace una semana que aceptaron el pacto; he tenido sesiones con cada uno de ellos y con ninguno he hecho ningún avance significativo.

Si el padre de Fran me hubiera escuchado no estaría de vuelta. Insistí tanto en que no se lo llevaran. A veces los padres son el peor obstáculo para la recuperación de los chicos.

Para todos ha sido una semana difícil. Libran una fuerte batalla contra ellos mismos. Fran aún no puede asistir a los círculos, pero tenemos sesiones privadas en la enfermería. Solamente habla de sus comics y de superhéroes. Su favorito es Superman, se identifica con él porque ambos ocultan su verdadera personalidad. Lamentablemente no entiende que su cuerpo no es de acero.

Donna tiene una necesidad imperiosa de ser escuchada. En cuanto entra a mi oficina habla, habla y habla. La verborrea es una forma de no enfrentarse a lo que realmente la carcome. Ayer frente al espejo traté de que cobrara conciencia de ella misma. Se sorprendió

al ver cuánto había cambiado. No recordaba cuándo fue la última vez que se había visto reflejada.

A Joseph, se le cambian diariamente los vendajes; consigue desgastarlos enseguida. Dentro de poco ya no serán necesarios. Su cuerpo es un mapa de dolor, tiene un sinnúmero de cicatrices.

Eric se sienta en el sillón y se hunde en él. Luce como un niño atrapado en el cuerpo de un hombre. Es el único que hace anotaciones en su diario; sin embargo no quiere compartirlo.

Es tarde... Matilde duerme ajena a todo; su paz invade el resto de la casa. Espero que ninguno rompa el trato y vuelva a su obsesivo deseo de morir.

IV

Fran Hoffman Beckett era el mayor del grupo. Era el segundo hijo de una familia protestante de clase media. Nació un 13 de abril de 1975, para ser exactos un Viernes Santo. Fue un niño de agudeza extraordinaria y de una inestabilidad desgastante. El crecer en una familia fervientemente religiosa lo hacía sentirse permanentemente insatisfecho, siempre en busca de la perfección.

Su padre era auditor y trabajaba arduamente, los pocos fines de semana libres solía llevarlo junto a su hermano a dar largos paseos por el campo. Su madre era enfermera en un geriátrico, totalmente dedicada a los ancianos. Él y su hermano prácticamente se criaron en una guardería, luego entraron a un internado donde permanecieron hasta cumplir quince años.

Siempre fue un alumno brillante. Sobresalió sobre todo en inglés y francés. También fue buen deportista, mejor

dicho un buen boxeador, lo que ayudó a fortalecer la imagen de chico rudo y hermético.

Con apenas 17 años empezó sus estudios en artes plásticas en la Universidad de la Trinidad. Sus obras mostraban una inmensa perturbación, lo que preocupaba a sus maestros, pero aún así no podían dejar de elogiarlo. Invasado por una fuerte depresión dejó la Universidad e ingresó por primera vez a la Clínica del Dr. Finch, de la cual salió un mes después, al convencer a sus padres de que se encontraba recuperado. Todo marchaba bien, aparentemente; Fran regresó a su rutina, sin embargo, una noche al volver a casa es apuñalado por un desconocido, su hermano lo encontró medio muerto en la calle.

Al salir del hospital visitó a su agresor en la cárcel, quería saber por qué lo había atacado. El hombre le dice que no tenía ninguna razón; simplemente lo hizo. Aquella respuesta lo deja totalmente desconcertado. Jamás logró perdonarlo. Regresó a vivir con sus padres únicamente para ver cómo su madre muere de Parkinson. Su deterioro fue rápido y devastador. Al ser testigo de su agonía se cuestionaba si ella, un alma tan piadosa, sufrió tanto, qué puede esperar él. Al poco tiempo de morir su madre decide nuevamente poner fin a su vida. De nuevo ingresa a la Clínica del Dr. Finch.

Yo, Fran Hoffman, declaro que estoy harto. Estas dos semanas en cama han sido las más lentas de mi vida. Mi cuerpo se amoldó irremediablemente a la cama. Jamás me hubiera perdonado hacerle daño. Esto de tener las costillas rotas es un fastidio, no puedo ni estornudar. No hago más que leer y anotar tonterías en este diario. Las enfermeras no me dejan ni a sol ni a sombra, seguramente Finch lo ordenó, no me tiene confianza. Le he dicho que respetaré el plazo, lo haré.

Desde la ventana de esta habitación la vida se ve de muchos colores. Yo soy un héroe en blanco y negro. El pasto es demasiado verde, el cielo muy azul y las plantas de naranjas muy brillantes. Mañana volveré al círculo, con todos esos perdedores. Donna, como siempre, acapará la conversación, Eric estará viéndola con ojos de bobo y Joseph estará jugueteando con sus vendajes. Finch, por su parte, estará pensando en cómo salvarnos de nosotros mismos. Pobrecito, todavía cree en milagros.

Al escuchar a estos chicos y leer sus historias siento que comparto algo con cada uno, me alegra también comprobar que guardan un ápice del sentido de supervivencia.

Los moretones de Fran van perdiendo el colorido y sus costillas están soldándose. Joseph dejó de usar vendajes y orgulloso muestra sus cicatrices. Donna ya no viste con pijamas, su madre hasta le ha traído ropa nueva. Eric sigue siendo un atento oyente pero un pésimo interlocutor. Sigue sin querer mostrarme el diario. Han estado tanto tiempo sumergidos en el deseo de morir que apenas logran flotar.

Ojalá y el tiempo no pasara tan rápidamente; quedan solo cuatro semanas, después de eso no sé qué sucederá. Su estado físico mejoró y en el psicológico avanzamos a paso lento. Por eso he decidido llevarlos al pueblo, quiero que vean y se mezclen con gente de su edad, tal vez así empiecen a imitar la vida e inclusive a tomarle gusto.

Eric prácticamente ha sido adoptado por Donna, eso me asusta. El amor en todas sus versiones crea grandes expectativas y estos chicos tan desacostumbrados a tener ilusión, están abrumadoramente vulnerables. Joseph está todo el tiempo pendiente del teléfono esperando noticias de su madre. En cualquier momento dará a luz... parece como si eso le diera esperanza.

Donna Pratt nació el 15 de octubre de 1984 en Boston, ella fue la primera de tres hermanas. Sus padres son profesores universitarios. La madre especialista en literatura de la Edad Media y su padre en teología. Su hermana Dido nació diez años después y la más pequeña, Dione, tiene apenas ocho años. Los Pratt se esforzaron por que sus hijas crecieran independientes, en total libertad.

Finch quiere que me describa, pero no tengo ni idea de cómo soy. Frente al espejo me veo delgada y pelirroja. La gente dice que soy bastante desalineada. Fumo desde los 11 años. Soy la mayor de tres hermanas... No me gustan las mascotas ni las plantas. No me gusta nada que no pueda cuidarse a sí mismo.

Él lo sabe, nunca quise aceptar este plazo. Tengo miedo de lo que sucederá después, cuando tengamos carta libre para morir. ¿Quién caerá primero?

La cercanía de la Navidad trajo al hospital muchos visitantes, interrumpiendo favorablemente el ritmo diario de la clínica. A Joseph lo visitó su madre y hermano recién nacido. Aunque no lo dice está muy contento. A Donna la visitó únicamente su padre, su madre sigue enviándole cosas pero no se atreve a visitarla. Todo a su tiempo... Fran está de un humor imposible; detesta las fiestas, dice que los niveles de hipocresía se elevan. Eric es quien más me preocupa, se ve terriblemente triste.

Esta es prácticamente la última semana del año. Las charlas en el círculo son más fluidas. Donna al igual que su cabello irradia fuego. La terapia con Eric está dando por fin resultados aunque habla más de Fran que de él; le preocupa lo que ve en su mirada. La madre de Joseph quiere que regrese al final de las fiestas; yo insisto en darle un poco más de tiempo, él mismo sabe que lo necesita. Fran parece ser el que más goza de las excursiones al pueblo, sin embargo yo también veo algo extraño en su mirada.

Joseph P. Tengo 21 años y según Fran dice que soy una bola de grasa; yo me considero de complexión gruesa. Me encanta la comida china y las películas de terror. Sufro de insomnio y Finch dice que tengo un desorden obsesivo-compulsivo. Hace unas semanas nació mi hermanito; en qué se convertirá, cómo será. Detesto escribir a mano. No me gusta ver las cicatrices de mis muñecas y brazos. Me recuerdan mi incapacidad para vivir y para morir. Más de cuatro años intentándolo, más que ningún otro en el círculo. Dice mucho de mi vocación.

Se acerca el fin del plazo, hoy es Nochebuena ninguno de los chicos fue a casa. Es mejor así. Recibieron muchas visitas y regalos. Fran no recibió ninguna visita pero, le enviaron por correo una capa de *Superman*. Está tan emocionado que no se la ha quitado en todo el día.

Sin darnos cuenta llegamos al final del año, las terapias individuales avanzaron lo suficiente para pedirles que extendamos el plazo. Lo haré durante la cena, cuando estemos todos juntos. Eric por fin compartió su diario, lo único anotado era:

Eric F. 24 años. Soy delgado, tartamudeo, no me gusta el contacto físico, no quiero que nadie a mi alrededor muera, pero es imposible, lo sé.

QUIERO VIVIR

El fin de año fue maravilloso, nos sentamos a la mesa con nuestras mejores galas. Fran volvió a usar su capa, dijo que lo hacía sentir poderoso. Hice un brindis, les pedí alargar el plazo, alzamos nuestras copas y brindamos por ello. El próximo año pintaba ser muy bueno.

Estábamos tan contentos que no vimos cuando Fran extendía su capa y volaba por los aires a una altura mortal de cinco metros. En ese preciso momento una sola idea surcaba su mente... una sola.

Nadie se atrevió a juzgarlo ya que todos sin excepción sentimos de nuevo el fuego de nuestras cicatrices.

Fran Hoffman, 1975-2010.

CANCIÓN DE NAVIDAD

Nicolás había muerto de un ataque al corazón. Así lo dictaminó el forense del Ministerio Público. Mientras los de la funeraria cubrían el cuerpo, Virginia no dejaba de llorar. Los vecinos trataban de tranquilizarla e insistían en que era malo para el bebé. Ella les decía que no podía detener las lágrimas porque la criatura intuyendo la muerte del padre no dejaba de patear su vientre.

Era la víspera de Navidad y el pequeño apartamento estaba invadido por apesarados conocidos y curiosos que se preguntaban por qué no le quitaban al muerto el traje de Papá Noel. Temían que los niños lo vieran salir en la camilla, envuelto en una bolsa negra. Sería el fin de su niñez y lo que era peor los padres tendrían que hacer frente a una serie de angustiados cuestionamientos por parte de sus hijos. Cómo explicarles que el Papá Noel muerto era realmente Nicolás.

Se había puesto el traje para complacer a Virginia que llevaba casi un año pidiéndoselo. Desde que se enteró de su embarazo lo obligó a engordar con ella. Además le pidió, cómo solo ella podía hacerlo, que se dejase crecer la barba y el cabello. Él se negó, pero ella, totalmente empeñada, lo hizo comer y comer hasta que llenó con dignidad aquel ridículo traje rojo con bias blanco de piel que ella misma confeccionó.

Hacía apenas dos días que en medio de arrumacos lo convenció para que la dejara teñirle la barba y el cabello de gris plateado. Doblegado por sus caricias y amenazado con el abandono del lecho conyugal permitió inclusive que le rizara el cabello.

Nicolás se había propuesto hacer todo lo posible por no alterar a su esposa. Cuando ella le anunció que esperaba un hijo fue el día más feliz de su vida. Virginia no estaba tan contenta como él. Ella era muy joven para tener hijos. Se lo advirtió el mismo día que su madre le dio el sí y se lo repitió durante la boda. No estaba preparada. No quería perder su juventud cuidando a un niño y a un viejo.

Él se lo imploró, quería tener un hijo, le ofreció ayudarla en todo y poner la casa a su nombre, ella no tendría nada de que preocuparse. Al salir de la oficina del abogado y agregar a la casa, el coche y una buena pensión pensó que si aquella era su última Navidad sin crío, la gozaría al máximo.

De niña, uno de sus sueños siempre fue tener su propio Papá Noel, no hacer una larga fila, tener todo el tiempo del mundo para sentarse sobre sus piernas y susurrarle al oído lo que quería. Nicolás se enterneció y le prometió que así sería. Lo que no sabía era que ella quería que él fuera Papá Noel. Ante su negativa lo amenazó, le dijo que sobre él pesaría lo que le pasara a su hijo con tanto enojo. Fue entonces cuando Nicolás aceptó subir de peso y hacer cuanto ella quería.

Al sexto mes seguro Virginia no podía interrumpir el embarazo y por orden médica procuró bajar de peso pero fue incapaz a pesar de las dietas que intentó. A los cincuenta y tantos años el cuerpo no respondía como antes. Eso mismo pensaba María que noche tras noche insistía en darle su pildorita azul.

Llegó la Navidad y ambos con varios kilos de más se vistieron para recibir al Niño Dios. Nicolás, obeso y vestido de Papá Noel, sonrió al ver a Virginia con su barriga expuesta vestida de niña buena. Él sentado en el butacón, ella acomodada en su regazo.

Después de la alegría inicial tras algunos susurros y caricias sintió ahogarse. Desesperado quiso desabrocharse el

cinturón pero ella no lo dejaba. Pensaba que era parte del juego, atrapaba sus manos e insistía que aún no terminaba. De pronto Nicolás dejó de poner resistencia. Virginia totalmente decepcionada pensó que de nuevo se había quedado dormido.

El reloj marcaba las doce cuando llegó la policía.

EL CIEGO

Su recuerdo pronto será del mismo color del cielo gris que no logra distinguir. Los caminos están cubiertos por una fina escarcha empeñada en borrar el paso del otoño. El horizonte está tomado por campos amarillentos, quemados, sin simiente. El vasto ocre mantienen cautivos los ojos y los sueños de los pobladores. Día a día beben este hipnotizante paisaje y derrochan sus fuerzas quejándose del mal clima. Al caer la noche van a la cama soñando con un sol que no logran abrazar.

Él en cambio fantasea con otras cosas que no se atreve a decir en voz alta. Sabe que pronto el frío cederá y vendrán tiempos más cálidos. Sus agrietados pies escucharon las primeras señales del verano cuando caminaba de la casa al pueblo. El camino está perdiendo su hostilidad y la escarcha se está ablandando, incluso el viento soplando en su esquina es menos agresivo. Su trasnochado lazarillo tenía más prisa que nunca y decidió dejarlo en el atrio y no en el pórtico. Hubiera podido arreglárselas y buscar un sitio menos descampado pero no quiere disgustar a nadie. Se sabe en clara desventaja, además no quiere más problemas. Asiente, se recoge y trata de no causar molestias. Teme perder su techo y la lejana compañía con la que comparte su profunda oscuridad.

Se ha convencido que ser ciego no es tan malo, gracias a ello ha logrado desarrollar una mayor sensibilidad y es un hombre sumamente agradecido. Nunca se queja y da gracias a su falta de visión que en un día melancólico como el de hoy sus huesos fueron capaces de saborear el calor que nadie ni

siquiera alcanza a imaginar. Las campanas le recuerdan que no puede perder tiempo. La competencia es dura. Los otros menesterosos tienen más malicia para cautivar a los visitantes, saben hacer maromas y explotar las reacciones que observan en los rostros. Él en cambio recibe la simpatía de los que poco les sobra. La mortificación se apodera de él, ya pasó media mañana y difícilmente llegará a su cuota. Por la tarde alguno de sus parientes irá por él e inmediatamente hurgará en la canastilla y hará un comentario despectivo sobre lo poco que consiguió y le recordará que con eso no llega a cubrir el tributo impuesto. Sino contribuye en el hogar tendrá que marcharse. Además de sermonearle le pondrán de ejemplo al perro o al becerro, quienes sí cumplen con sus tareas y tiene más derecho que él a un plato caliente de puchero.

En situaciones como esa se siente aún más agradecido por unos ojos en penumbra que no ve el desagrado ni el desprecio. Aunque cuando le conviene puede intuir un gesto amable, el color de una sonrisa o el sabor de una conversación. No ver también lo libra de descubrir ante el espejo un rostro pálido y sucio. Hace ya muchos años que sus rasgos se escondieron entre el polvo y una desatendida y tupida barba. La única estela de juventud es una negra y enredada cabellera y el continuo reproche de sus parientes por ser un hombre de poco provecho. En el campo un ciego es un estorbo, no sirve para nada. Aunque quisiera olvidarlo no podría, se lo gritan o lo susurran a sus espaldas. La tonadilla de “ciego inútil” redobla en sus oídos. Se apaga únicamente cuando las campanas en algún atrio llaman a los feligreses o anuncian algún evento.

Estar en aquellas gradas le da cierta paz, por eso permanece quieto disfrutando el mal tiempo. Los que pasan a su lado se sienten un tanto aturdidos por su luctuosa inmovilidad saben que aún respira porque de cuando en cuando parpadea, se le

escapa un bostezo o su pierna izquierda tiene una contracción. Él prefiere pasar desapercibido, así se protege de los idiotas. No llega a comprender por qué pero los desvalidos los atraen. Hasta hace muy poco era el bufón-martir-bufón del pueblo. Los idiotas piensan que su ceguera le impide sentir o escuchar, el deshielo jamás llega a sus corazones.

Incluso sus parientes pasan de él, cada vez les pesa más llevarlo al pueblo y recogerlo. Tanto así que en ocasiones lo olvidan. Lo dejan a la intemperie confiados en que alguna buena cristiana le dará comida. Lo que no imaginan es que uno de esos idiotas aprovechará la noche, vaciará el canastillo de las limosnas, lo golpeará y lo llevarán hasta un camino de bestias poco transitado. El ciego entumecido apenas si podrá parpadear intermitentemente pidiendo auxilio. A lo lejos, mientras sus ojos se cierran para siempre, se escucharán las campanas de la iglesia llamando a los parroquianos a misa de siete, el sonido cobrizo seguirá anunciando el paso de las horas hasta que el día llegue a su fin. Llegada la siguiente noche su cuerpo estará abrigado por la nieve y se perderá entre decenas de montículos revestidos por bellos e irregulares copos.

Sus bondadosos parientes disfrazarán la culpa y lo buscarán consternados. Los idiotas callarán lo que saben. No arruinarán su vida por él, por una inocente broma. Al cabo del tiempo un arriero lo encontrará, llamará su atención el graznar lleno de gozo de unas aves negras. Se acercará y verá a unos jóvenes cuervos picotear perseverantemente un tronco hueco y al acercarse notará a los enardecidos cuervos empujando los blancos ojos del ciego fuera de las cuencas.

INMORTALES FLORES AMARILLAS

*Te ofrezco la memoria de una rosa amarilla vista
en el ocaso, años antes de que hubieras nacido.*

JLB

Hay días en los que me siento la última mortal sobre la tierra, más cuando escucho a familiares y amigos y los veo comportarse como si fueran eternos. Tal vez por eso nunca han sido capaces de entender la permanente sensación de fin que me acompaña y me quita la paz. Si trato de explicarlo me piensan deprimida. Seguramente este sentimiento es una de esas “cosas” que solo comprenden quienes la viven y sienten.

Por un buen tiempo mi orgullo más grande fue el corazón, pero ahora es mi cabeza. El corazón se me fue achiquitando hasta perderse entre las costillas. De cuando en cuando lo escucho. Sé que todavía está por allí, pero ignoro su ubicación exacta. Ahora soy una belleza efímera con un buen par de piernas, herencia de mi abuela. Los inmortales valoran más el corazón y por eso sufren tanto.

Escuché la palabra inmortal por primera vez cuando mi madre se refirió a las flores que adornaban la tumba de los abuelos. Eran pequeñitas, amarillas y de pétalos transparentes. Estaban tan secas que al estrujarlas se sentían como papel de china entre las manos. Jamás olvidaré su fragilidad y sobre todo el amarillo apagado adornando las tumbas. Las *inmortales* me gustan porque no son como las otras flores, que fingen y al poco tiempo se marchitan. Es más, me parece

irónico llamarlas *inmortales*. Nunca las he visto en el prado o en un jardín; siempre están cortadas, en jarrones, en ramos o en coronas para muertos. Son tan resistentes, hay que ver cómo duran aún con poca agua y bajo la intemperie. No son como nosotros que con cualquier lluvia cogemos un resfriado. Tal como le pasó a Nora.

Sigo sin explicarme cómo pude encariñarme tanto con esa niña. Cuando la vi en el autobús vino a mi el recuerdo que guardo de mí a esa edad. Entre más la observaba más rasgos reconocía: el cabello castaño y rizado, las pecas en la nariz, las profundas ojeras bajo los ojos, una sonrisa adornada por hoyuelos y unos dientes demasiado grandes para una boca tan pequeña. Al igual que yo, sonreía cubriéndose la boca con la mano; también acomodaba constantemente su cabello tras las orejas, jugueteaba con sus gafas y llenaba los silencios con un leve tarareo.

La contemplé insistente, hasta que mi mirada empezó a incomodarla. Viéndome de reojo, murmuró algo al oído de su madre y bajaron en la siguiente parada. Yo lo hice una cuadra después y me apresuré a darles alcance. Caminar tras ellas era posiblemente lo más emocionante que haría durante el día, el mes, o quizás el año. Procuré mantener una distancia prudente; sin embargo, la niña parecía tener muy agudo el oído: volteaba constantemente como si sospechara que la seguía.

Las vi entrar a una casita de fachada azul. Anoté la dirección y me marché. Los días siguientes al dar las seis de la mañana llamaba a un taxi y al cuarto para las siete estaba en la esquina opuesta a su casa haciendo guardia. En cuanto salían me les pegaba como su sombra. Vaya sorpresa, ella asistía a la misma escuela a la que yo asistí durante la primaria. Seguían usando el mismo horroroso uniforme café con las calcetas hasta las rodillas. Esther, la directora, no se cansaba de repetirnos —faldas debajo de la rodilla, calcetas arriba de

la rodilla—. No sé cómo pude sobrevivir a aquella época. A ella no parecía molestarle; según pude observar, era de las pocas que permanecía con las calcetas en su lugar. Con el pasar de los días descubría más similitudes entre Nora y yo. Sí, así se llamaba la niña, Nora. Escuché su nombre por casualidad, cuando una amiga, a la hora del receso, la llamaba para jugar. Por un momento creí que era el colmo de las coincidencias que nos llamásemos igual; más tarde supe que su nombre no era Eleonora sino simplemente Nora.

Después de seguirla por un par de semanas, la cordura volvió momentáneamente a mí y decidí abandonar la vigilancia. Luché contra el deseo de volver por varias semanas hasta que el último sábado del mes me di por vencida. Al cuarto para las siete me encontraba haciendo guardia frente a su casa. Salieron a eso de las ocho; y con paso pausado se dirigieron a la parada de autobús. A los pocos minutos abordaron el número 57. Nora iba sentadita junto a su madre, llevaba entre sus manos un ramo de *inmortales*. Las mismas flores amarillas que yo solía llevar a la tumba de mis abuelos. Bajaron en el cementerio; las piernas me temblaron al descender. Desde la muerte de mi padre, diez años atrás, los evitaba. Por alguna razón para mí él si era inmortal. Llena de miedo las seguí hasta la entrada; compré unos alcatraces y los llevé a una tumba cualquiera. Allí lloré, lloré y lloré por papá, por mí, por todos los mortales, más aún por los que piensan que no morirán.

Ese día empecé a creer en milagros; a la salida, me encontré a Nora y a su madre. Al verme totalmente alterada se ofrecieron a conseguirme un vaso con agua e insistieron en ir al café de la esquina. Fue así como me enteré de que Nora tocaba el piano y necesitaba una nueva maestra. De inmediato me ofrecí. Por espacio de seis meses visité aquella casa por dos horas, los martes y los jueves. Entre acordes y notas me contó que su padre había muerto, coincidentemente el mismo día,

mes y año que el mío. Prácticamente ella no lo había conocido. Recordaba lo que su madre quería que recordara. Me sentí afortunada, por lo menos tenía mis propios recuerdos, agrios o dulces.

Nora y yo éramos sobrecogedoramente parecidas. Bien hubiéramos podido pasar por hermanas o como madre e hija. Ambas éramos asmáticas, ella quería ser bailarina pero tenía los pies planos igual que yo; detestaba la cebolla y se sentía fascinada por las ventanas. Podíamos pasar horas tras el cristal, observando hasta el último detalle de la vida que transcurría del otro lado. Las dos fuimos niñas bastante quietas, nos gustaba más leer que saltar a la cuerda o jugar a las escondidas. Por eso a su madre le extrañó tanto que aquella tarde de octubre Nora permaneciera jugando en la calle mientras llovía.

Ese 13 de octubre su madre la llamó con insistencia, pero la niña se empeñó en seguir jugando. Lo hacía con tan poca frecuencia que la dejó. Se arrepentiría de ello toda su vida. Como si alguien pudiera predecir o evitar este tipo de cosas. Al día siguiente Nora ardía en fiebre. Cuando llegué a su casa, la madre me abrió la puerta con los ojos llorosos y me dijo: —Nora cogió una gripe muy fuerte, no tomará la clase. Me marché sin verla. Cómo me arrepiento de no haber insistido. Seguramente la creía inmortal, invencible, en ningún momento se me cruzó por la mente que una niña pudiera morir, menos de una gripe. Pero sucede, las niñas mueren, aún las que se parecen a uno. Ahora solo me queda el recuerdo de unas flores amarillas, secas con textura de papel, inmortales sobre su tumba.

EL TESORO DE LOS MERCREDÍ

El campo estaba perdiendo el brillo, los verdes intensos huían ante la avanzada de los ocres que se apoderaban del pasto y de las copas de los árboles con suma rapidez. Aquel día el viento había malgastado su sensualidad y ligereza tratando de reconfortar los ánimos. Los habitantes de aquella casa estaban tan cansados que no lo notaron. Los primeros días del otoño siempre eran difíciles de sobrellevar. La caída de las hojas solía deprimirlos, era triste ver cómo las copas de vivos colores se iban quedando vacías y terminaban siendo ramas desnudas balanceándose bajo las escasas nubes. En esa época del año todo tenía un fuerte sello de fugacidad.

Mientras todo cambiaba a su alrededor, imperturbable e indiferente, Agnés descolgaba la ropa del tendedero. Tomaba la ropa con rudeza, la doblaba sin afán y la depositaba en un cesto desvencijado. Los lazos de pañales, camisas y sábanas parecían interminables. De cuando en cuando, tratando de dar descanso a sus brazos, los dejaba fijos en el lazo y suspendía la vista en las pequeñas colinas que moldeaban el horizonte. Las conocía desde chica y aún pasado los años no dejaba de maravillarle como aquella serie de montículos se extraviaba en la lejanía. Ella de cierta forma las envidiaba por que parecían no tener límites. Así, llena de cansancio, se quedaba tratando de imaginar otra vida. Sus pensamientos, imitando a la ropa recién lavada, se quedaban suspendidos como trapos viejos y roídos sacudidos de cuando en cuando por tímidas ráfagas de viento. Poco le duraba aquel momento de paz, pronto su cabeza volvía a llenarse de tareas

aparentemente triviales como qué hacer con aquellas prendas de verano que al igual que el buen tiempo habían llegado a su fin. Agnés trataba de prolongar su vida pero poco podía hacerse por aquellos despojos.

Los chicos crecían a pasos agigantados y por más que bajaba ruedos, sacaba costuras y volvía cuellos, ya no daban de sí. La tela ya no es como antes se decía. Algunos pantalones tan solo habían durado un par de años. No sabía por qué se había tomado la molestia de lavarlos. Estaba decidido esa misma noche irían a engrosar el colchón de Chat y Chien. Ellos le agradecerían tener un lugar más cálido y acolchonado para dormir.

Chat y Chien eran parte de su familia, incluso habían nacido antes que, hijos. Chat era un hermoso gato de tres colores y ojos negros; Chien un perro de raza indescriptible, noble y holgazán. A esa hora del día solían recostarse frente al dintel de la puerta y desde allí observaban detenidamente a Agnés. No perdían ni uno solo de sus movimientos. A ella la llenaba de intriga que se llevaran tan bien. Siempre estaban echados uno a la par del otro, en completa armonía y complicidad. Algo poco frecuente entre gatos y perros. Como si pudieran leer su mente cuando ella los volteaba a ver, se turnaban para acariciarse con la pata o con el hocico. Aquellos fieles animalitos eran su única compañía y testigos de su ardua rutina. Su esposo y los chicos grandes se marchaban desde temprano y su madre y la pequeña se quedaban dentro de la casa, ninguna de las dos caminaba. Así transcurría su día, con esa sensación de soledad y un vasto horizonte invitándola a perderse en él.

En aquel sitio el tiempo tenía otro sentido, otro significado. Un día era la continuación del otro sin grandes cambios, sin embargo, estos últimos días parecían más cortos. Era como si las horas al igual que los verdes también estuvieran

escapándose. Con la misma rapidez con que se iba la mañana, así sentía Agnés que la vida se esfumaba. Lo pensaba continuamente, pero se negaba a decirlo en voz alta. Temía que al hacerlo se volviera más vieja. A veces sentía como si nunca hubiera sido joven. Ya no recordaba lo que era no estar agotada. Tal parecía que el cansancio era inagotable y que siempre se podía estar más cansada. Lo comprobó cuando nació la pequeña Claudine. Sus noches se acortaron, el escaso sueño la hizo perder el poco color que aún le quedaba a su piel. Este poco dormir se incrementó con el primer cólico. La pobrecita lloraba como una bestia herida. Agnés pasaba toda la noche con ella en brazos rogándole a Dios que se calmara. Además de las pocas horas de sueño, tenía más trabajo, Claudine mojaba constantemente la ropa y las sábanas debían cambiarse diariamente.

El día en aquella casa empezaba a las cinco, y en cuanto ponía un pie fuera de la cama ya no volvía a tener un momento de paz o de descanso. Las primeras horas de la mañana se le iban en asear a sus hijos, encender la lumbre, calentar el agua, preparar la comida, recoger la leche, los huevos y levantar a su madre, quien por cierto no había querido abandonar la cama. Sus huesos se resentían con la entrada del otoño. El reumatismo la estaba matando lentamente. En días como ese el dolor era tan fuerte que únicamente se levantaba para ir al baño y lo hacía en medio de aterradores gritos con la ayuda de Dauphine, la hija mayor de los Mercedí. En los días buenos solía llegar hasta el sillón y sentarse junto a la lumbre mientras dormitaba o rezaba.

Agnés no era la única con tareas, en aquella casa nadie estaba libre de tomarse un respiro. Antes de marcharse a la escuela, Claudine debía dejar tendidas las camas, haber dado de comer a las gallinas y dejar lavados los platos del desayuno. Gastón, por su parte, ayudaba a Paul en las tareas de la huerta,

ajustaba la caldera, limpiaba el pozo y era el encargado de las reparaciones “menores” que la casa necesitara. Por último estaba el pequeño Bruno que a pesar de sus escasos y recién cumplidos cinco añitos tenía dos importantes tareas: mantener libre de malas hierbas el jardín y darle de comer a Chat y Chien. Esta, sin duda, era su tarea favorita. En un plato hondo colocaba cuanto sobra encontraba; el perro y el gato acostumbrados a compartirlo todo hundían los hocicos y lo devoraban. Algunas veces hasta él mismo Bruno los acompañaba y al terminar los tres solían lamerse la boca. La rutina de aquella casa era desbordantemente sencilla, pintoresca quizás, pero también extenuante.

A partir del día siguiente las cosas cambiarían para Bruno. Iría por primera vez a la escuela. El pequeño, lejos de estar contento, estaba aterrado. Refunfuñaba por los rincones. Para que se despejaran un poco Agnés los había mandado al río con la esperanza de que regresara de mejor humor. Pero eso estaba lejos de suceder. Gastón y Dauphine no dejaban de atormentarlo con el abecedario, las sumas, la geografía y la historia. Todo aquello sonaba en sus oídos como música lenta y aburrida. Él prefería quedarse en casa para que mamá lo consintiera. No quería caminar varias leguas para llegar a aquella casucha, en medio de la nada.

Así era, la escuela estaba en medio de la nada, como todo en aquella región. No había sitio que no quedara lejos. Las casas estaban tan dispersas que en ocasiones los vecinos podían pasar semanas sin verse, si así lo querían. Sin embargo, eso los hacía más unidos. Sabían que dependían unos de otros. En cuanto alguno de ellos tenía una emergencia todos acudían con premura. Gracias a esta marginalidad les fue difícil encontrar un maestro o sacerdote que quisiera asentar allí escuela o iglesia alguna. No valía la pena. Tan pocas mentes. Tan pocas almas.

Así aislados, sin guía o educación los padres solían enviar a los niños lejos de casa. Era la única opción. Padres e hijos sufrían mucho, así que lo retardaban cuanto podían. Era tal su pesar que en algunas ocasiones decidían tener un número interminable de descendientes para reemplazar a los que se iban y no quedarse tan solos en aquel vasto páramo.

Los niños se marchaban al cumplir los siete años. El viaje a la ciudad era largo y aparatoso, a veces tomaba hasta una semana ir, dejarlos instalados y regresar. Aún no entiendo por qué los padres regresaban en lugar de mudarse con ellos. Así pues los hijos crecían lejos de los padres. Se educaban, crecían y raramente volvían a casa. Después de vivir en poblados con calles, coches, tiendas nadie imaginaba la vida en aquel desértico horizonte. El destino parecía ser que hijos y padres se convirtieran en desconocidos.

Para los padres, como ya se ha dicho, la separación era muy dolorosa por lo que se esforzaban para que los escasos años que pasaban junto a sus hijos estuvieran llenos de bellos recuerdos a qué aferrarse. Afortunadamente eso había quedado en el pasado gracias a Hans, un misionero alemán que pasó por esas tierras y se enamoró de lo que muchos odiaban. Instaló una iglesia-escuela-consultorio médico en aquel sitio. De eso hacía ya casi cinco años. Desde su llegada todos vivían más tranquilos, sobre todo los Mercredí porque ninguno de sus hijos se marcharía. Esto no impedía que Bruno se quejara. Para él aquella escuela estaba tan lejana como la ciudad.

Mientras Agnés terminaba de preparar el guisado, su madre esperaba con ansias que llegara la hora de la comida. Dauphine y Gastón ponían la mesa ya que Paul estaba a escasos minutos de llegar y Chat y Chien se encontraban merodeando cerca de la lumbre buscando el calor de las brasas.

Aprovechando que el pote ya estaba en el fuego, Agnés corrió en busca de un poco de paz y se echó en su desvencijado sillón verde. Al sentarse sintió como la espalda se reacomodaba y los pies milagrosamente dejaron de dolerle. Todo parecía estar en calma incluso Claudine dormía, las gotitas de valeriana en el biberón le habían hecho efecto. Era curioso como una casa tan pequeña daba tanto que hacer.

Los Mercedí no tenían lujos y se ufanaban de la vida sencilla que llevaban. Sin embargo, todo eso estaba a punto de acabar. La familia se vería afectada por un simple, pero complejo objeto que llegaría a su hogar y les mostraría verdades sobre ellos que nunca hubieran querido saber. Aquella sería la última noche que comerían en silencio y dormirían con cierta placidez.

Con el alba llegó el llanto de Claudine, secundado por el refunfuño de Bruno que no quería ir a la escuela. Nada parecía consolarlo. Gastón en su afán por calmarlo llegó al punto de ofrecerle su más preciada canica. Pero ni ruego ni regaño sirvieron. Se marchó de casa llorando y así llegó a la escuela. Su llanto era tal que los demás niños se contagiaron de su desencanto.

Hans, el misionero a cargo de la escuela, paciente como un santo, logró calmarlos a todos menos al pequeño Mercedí. Sin éxito buscó en el baúl de los tesoros algún juguete o baratija que lo distrajera. Nada de lo que poseía llamaba su atención. Por último decidió mostrarle un viejo espejo que yacía en el fondo. Tendiéndoselo le dijo “Si no dejas de llorar te pondrás muy feo”.

Bruno no sabía qué era ser feo, ni qué era un espejo pero en cuanto vio su rostro mojado, sucio, rojimorado, lo intuyó. Nunca antes había visto tan claramente su rostro. La imagen que devolvía el agua del río, el charco de lluvia o un sucio cristal no era lo mismo. Al verlo calmado y buscando que

no volviera el llanto, Hans se lo obsequió. En ese preciso momento Bruno se convirtió en la envidia de todos.

En aquella comarca a nadie le quedaba un espejo. Poco a poco fueron rompiéndose hasta desaparecer. Los jóvenes solo lo conocían por los textos y los viejos solo guardaban su recuerdo. Con el paso del tiempo dejaron de tener la necesidad de tener uno, además les temían a los espejos, nunca eran lo que parecían y encerraban pequeños demonios. El espejo de Bruno no fue la excepción. En cuanto vieron su ingenuo rostro salieron de su letargo y saltaron directo a los ojos de todo el que se veía. Pronto se depositó la envidia, el egoísmo y la vanidad en los tiernos corazones.

Bruno se dedicó a proteger el espejo comprimiéndolo contra el pecho. Temía que se lo arrebataran. Era tanto el descontento y la agresividad que Hans los envió de vuelta a casa. Los Mercedí corrieron tratando de escaparse de sus acechadores.

Agnés estaba tan agotada que cuando los niños llegaron a casa inesperadamente fingió estar dormida. No quiso saber la causa, ellos tampoco pusieron reparo a su indiferencia y se encerraron en la habitación para contemplar el tesoro.

Era el turno de Dauphine. Descubrió que siladeaba su flequillo hacia la izquierda su cara no se veía tan redonda. También vio que junto a una mancha de mora en la mejilla izquierda tenía unos desagradables granitos rojos. ¿Acaso estaba enferma? ¿Sería la viruela? Asustada, corrió con su madre, a quien tuvo que sacudir varias veces para despertarla, ya no fingía, se había quedado dormida.

Después de escuchar la angustiada queja, Agnés, la tomó de las manos y le dijo: “No te preocupes solo son unas espinillas”. Convencida de que aquellas cosas eran feas pero inofensivas regresó a la habitación. Bruno ayudaba a Gastón a contar los puntitos cafés en su rostro. La ardua tarea fue

interrumpida por el llamado a la cena. Sabían que no era una petición sino una orden así que con gran pesar dejaron el espejo y se dirigieron al comedor.

Paul había llegado y estaba sentado en la cabecera. Se veía abatido como todas las noches. La cena transcurrió en silencio. Para sorpresa de los padres los niños acabaron pronto el asado, lavaron los platos y se fueron a la cama quedándose los esposos a solas.

Bruno y Dauphine compartieron el lecho, durmieron abrazados al maravilloso espejo. Gastón lo hizo en el piso, cerca de ellos, no había suficiente espacio para todos en la estrecha cama.

Al despertar buscaron su rostro en el espejo. Bruno insistía que tenía una peca más y Dauphine no encontraba cómo acomodar su cabello. Por su parte, Gastón estaba convencido de que uno de sus ojos era más pequeño que el otro. Agnés tuvo que gritarles varias veces para que salieran de la habitación, se lavaran, comieran y se marcharan a la escuela. Al hacerlo se dio cuenta de que no le habían dado de comer a los pollos ni a Chat y a Chien, que la lumbre no tenía suficiente fuego y que la abuela seguía en la cama.

Resignada al olvido de sus hijos suspiró y se entregó a la tarea del segundo martes del mes. Era día de cambiar sábanas y aporrear colchones. Mientras ella los sacaba la abuela veía de reojo a Claudine que, como cosa rara, dormía. La calma de la casa era abrumadora. Arrastró el colchón de Bruno hasta el patio. Era el que más trabajo le daba. De alguna forma aquel chico se las ingeniaba para mantenerlo sucio. Lo único bueno de aquella tarea era que al final, Agnés, se sentía como nueva, revitalizada y hasta contenta. Con cada golpe sentía cómo su tensión se liberaba. El colchón de Dauphine solo tuvo que voltearlo. Aquella niña era tan pulcra como una monja. El de Gastón era el más viejito y poco podía hacerse por limpiarlo.

Querían cambiarlo pero el dinero nunca sobraba. Ya lo haría el otro año.

En cuanto terminó de dar el último porrazo se fue directo a ordenar las habitaciones. Se agachó a recoger la ropa y para su sorpresa vio el reflejo de su enagua. Pensó que la vista la engañaba y volvió a agacharse. Ahora veía unos zapatos iguales a los suyos, levantó solo uno pero eran dos los que se movían. Sus ojos se iluminaron y la imagen de un espejo se apoderó de su mente. Lo tomó entre sus manos y sonrió, pero de pronto sus ojos perdieron la luz, por primera vez en muchos años veía su rostro y casi no se reconocía. Habían más líneas en sus rostro de las que sospechaba. El cabello estaba desordenado levemente cano y las mejillas infladas y curtidas por el sol. Ya no era ninguna joven.

Estoy horrible y vieja se dijo. Entre más se veía más ganas de llorar sentía. Lloraba de la tristeza y de la rabia. A los pocos minutos se sintió resentida con la vida. Nadie jamás había mencionado las canas, las arrugas o lo gorda que estaba. El día fue volviéndose más misérable. Entre más se veía más detalles desagradables encontraba. Sus últimos hallazgos habían sido que los dientes los tenía muy amarillos, la tez más mustia y los senos caídos. Para su mala suerte, la tortura de verse se vio continuamente interrumpida debido a las inusuales visitas de las vecinas. De la nada habían aparecido inclusive las que vivían a horas de camino. Tal parecía que todas tenían un pretexto para visitarla. Viéndose copada por tanta visita inoportuna optó por decirles que su madre se encontraba muy enferma y tenía que atenderla.

Las vecinas se marchaban notoriamente molestas pero Agnés no reparó en su enojo. Lo único que le importaba era regresar al espejo. Estaba tan distraída que ni siquiera escuchaba los gritos de la abuela que no pudo contenerse más y se había orinado en la cama. Cuando por fin atendió su

llamado, tuvo que cargarla y llevarla a la habitación de los niños para que no cogiera frío. Disgustada sacó el colchón al patio con la esperanza que se secara antes de que llegara la noche, de no ser así alguno de los niños tendría que cederle la cama a su madre y los niños aprovecharían aquella situación para jugar y su madre se quejaba de que hacían mucho ruido.

Mientras tanto, la abuela buscaba una manta con que taparse, encontró el espejo y los demonios hicieron de las suyas. Cuando Agnés regresó a la habitación encontró a su madre muerta en llanto. Gritaba como loca “voy a morir, voy a morir; he visto la muerte”. La vieja al verse en el espejo pensó que ella era la mismísima muerte, esqueletuda y desdentada. Con toda dulzura y deseo de recuperar el tesoro Agnés le explicó que se trataba de su propio rostro. Al saberse tan vieja se deprimió aún más y se echó a llorar por horas. Para entonces los niños ya habían regresado a casa. Hans dio, nuevamente, por terminada la escuela antes de la hora porque los niños estaban malhumorados y en varias ocasiones estuvieron a punto de golpear a Bruno, celosos aún por el espejo.

Los chicos Mercredí llegaron sudorosos, rubicundos y jadeantes. Sin saludar entraron a la habitación donde vieron a la abuela sosteniendo su tesoro. Sin pensarlo se lo arrebataron; urgían en ver cuánto habían cambiado durante el día. Bruno se vio delgado; Dauphine con un grano más y Gastón notó que sus ojos estaban ligeramente amarillos y por primera vez vio que su nariz era demasiado prominente.

Cuando Paul llegó el ambiente en la casa era hostil. Todos se sentían desdichados. Al principio pensó que era él el cansado y por eso veía todo diferente pero, al saludar a Agnés confirmó que algo andaba mal. Agnés trataba de ocultarlo pero estaba molesta y terriblemente angustiada. Sentía que él la había engañado. Le había ocultado lo vieja y gorda que estaba. Seguramente esa era la razón por la cual el mes pasado tuvie-

ran tan pocas noches de intimidad. Los niños por su parte estaban disgustados porque no eran ni remotamente como ellos imaginaban y culpaban a sus padres por heredarles rasgos tan feos. La abuela era la única que no estaba disgustada, aunque se encontraba hundida en una terrible depresión, convencida de que moriría de un momento a otro. Después de varios intentos por saber qué sucedía, Paul les dio un ultimátum. Un largo silencio imperó hasta que a regañadientes Agnés se dirigió a la habitación trayendo consigo aquel maldito espejo. Al principio Paul no entendía nada pero, al verse comprendió todo de golpe, su mujer ya no lo quería, sus hijos se avergonzaban de él y su suegra seguramente sentía tanta lástima por él, que lloraba desconsoladamente.

Al verse en el espejo vio a un hombre ojeroso, dientudo, arrugado, sucio, desesperado, angustiado, triste, resignado. Cómo podía pretender que una mujer tan bella como Agnés lo quisiera o que unos hijos tan perfectos se sintieran orgullosos de un padre tan desgarbado. Solo los fieles Chat y Chien se alegraban de verlo. Paul desconocía que el resto de la familia también se sentía fea, sucia y despreciable. El espejo acentuó en ellos hasta el más pequeño defecto que tenían. Fue tal el horror que sintió que soltó el espejo y se hizo pedazos contra el suelo.

Los ojos de toda la familia si fijaron en los múltiples pedazos que habían saltado de un lado a otro del salón. Incluso Chat y Chien que hacían la siesta saltaron asustados al ver reflejados sobre piso a decenas de gatos y perros. Al verlos, ambos decidieron hacerles frente a los invasores y pelearon. Después de un rato, desilusionados de luchar inútilmente contra estos invencibles enemigos, se rindieron. Al echarse vieron que sus contrincantes también lo hacían y sintieron cierto alivio. Lo malo fue que descubrieron que no eran iguales y por primera vez se comportaron como un perro y como un gato. Maullando y ladrando rodaron por toda la casa.

El resto de la familia lloraba, gritaba, pataleaba ante la pérdida del preciado tesoro. En un instante había desaparecido. Agnés fue la primera en reaccionar, automáticamente tomó la escoba, juntó los pedazos, los envolvió en un lienzo y sabiamente fue al patio trasero a cavar un hoyo para enterrarlos. Aquel objeto había estado a punto de acabar con todos. Los otros la observaban desde el pórtico, estaba por terminar de cavar cuando se vio rodeada por una docena de luces. Eran los vecinos acompañados por esposas e hijos que reclamaban ver el tesoro de Bruno. Los niños les habían contado a sus padres que tenía un objeto mágico y único y querían verlo.

Paul trató de explicarles que aquella cosa del demonio estaba hecha pedazos. Los vecinos no les creían, pensaban que los Mercedí no querían compartir el tesoro. Llenos de rabia los amenazaban con darles de palos sino se los mostraban.

Sin poder enterrar los restos, Agnés, muerta del miedo, presionó el lienzo contra su cuerpo. La sangre empezó a filtrarse por su ropa. La luna brillaba como nunca haciendo resplandecer su pecho. Los vecinos corrieron hacia ella arrebatándole los fragmentos, querían aunque fuera una parte de aquel preciado objeto. Cuando finalmente obtuvieron lo que tanto ambicionaban, en medio de gritos de victoria y risas frenéticas se marcharon a sus casas.

Su familia al verla en el piso le reclamaba por su falta de entereza para proteger los restos del tesoro. Desde aquella noche nadie estuvo a salvo. Los demonios que habitaban el espejo se habían esparcido por toda la comarca. El horizonte seguía siendo vasto pero no lo suficiente para ocultar las miserias de los habitantes de aquella tierra.

PIEDAD

Subí al coche cuando el sol todavía hacía resaltar, como pequeños espejos, las gotas de sereno atrapadas entre las frondosas ramas de los arbustos del parque frente a casa. Habían pasado ya unas horas y el camino a casa parecía no tener fin. Se desdoblaba a mi paso dejando un paisaje rocoso, hostil con unos cuantos árboles nudosos. No los recordaba. Era como si lo recorriera por primera vez. Empezó a serme familiar hasta que la vegetación cambió. Ahora, a la orilla de la carretera hacían guardia unos silenciosos chopos de hojas plateadas sin lustre. El viento de cuando en cuando los doblegaba, y por el retrovisor los veía hacer una pequeña reverencia. En cuestión de segundos retornaban a su solemne rigidez y mi vista hambrienta devoraba nuevamente el camino.

Recuerdo que cuando era niña los árboles lucían más grandes y amigables. Yo los contemplaba recostada en el asiento de atrás, sobre el regazo de mi madre. Adormitada, los veía agitar las ramas diciéndonos adiós. Ahora, varios años más tarde, con un el cielo a media luz de fondo, se veían austeros y serenos, ajenos a mi tristeza. No es de extrañarse, incluso yo parecía estarlo.

Una hija debe llorar la muerte de su padre, a solas o frente a los que atienden el funeral y dan palmaditas de aliento. El llanto es indispensable. Las lágrimas deben salir a borbotones o por lo menos se debe soltar un sollozo cuando alguien menciona su nombre. Pero yo solo respiraba. El camino se cortó al caer el sol. Por fin había llegado a la casa de mi infancia. Sin embargo, el olor a dulce ya no me daba la bienvenida,

ahora solo sentía el perfume rancio de las rezadoras, las velas y los crisantemos.

El café empezaba a borbotear vigorosamente cuando sonó el teléfono. Ni siquiera llegué a tomarlo. Era papá, mamá se extinguía rápidamente. Fui hasta el salón y me desplomé en la mecedora. Permanecí un rato balanceándome lentamente, aferrada a los brazos y a los lazos del parentesco que estaban por cortarse. El vaivén ya no era el mismo. Yo no era la niña en brazos. Salí de casa envuelta en un vestido negro y un collar de perlas, herencia de la abuela.

Había pasado un año, tres meses y dos días desde que me marché pensando que nunca volvería y ahora lo hacía forzada por las circunstancias. Cuando supe que moriría me alejé de él. Su ancianidad me dolía y su enfermedad me aterraban. Él lo comprendió, y la noche antes, en nombre de mi madre, me dio el collar de perlas que el mismo cuidadosamente había hilado. Aunque el hilo cediera con el tiempo me dijo, cada perla seguiría unida a su compañera por que él había intercalado entre cada una, un pequeño y clandestino nudo que las haría permanecer unidas. Así seríamos mi madre y yo. Siempre estaríamos unidas.

En la distancia dolía menos, al menos así lo parecía, además absurda y sádicamente recreé el momento de su muerte con obsesión. Lo hice como ejercicio para que su partida no me tomará por sorpresa. La lloré antes de tiempo. Lo perdí una y otra vez y sostuve el dolor hasta soportarlo. El mismo día en el que la diagnosticaran me resigné pero me negué a verla morir. La visitaba después de sus sesiones, cuando lo peor había pasado, cuando ya no transpirara a muerte. Sentada a su lado en el salón, me convertí en una espectadora desvelada de sus noches sin fiebre.

Ejercí como hija por cincuenta años pero hoy mi madre ha muerto. La ventana me enseña cruelmente el tiempo

transcurrido. Fue un avance minucioso. Ahora sentada frente a su cadáver, en la casa de mi niñez, trato de rescatar alguna lágrima. Papá con una aparente entereza suelta un suspiro y me dice: se nos ha ido. Pienso en lo duro que será observar la cruz sobre su tumba. Esto solo es una despedida dilatada.

Las innumerables flores color violeta del papel tapiz se enredan hasta hacer el patrón incomprensible. Una de las bujías de la araña se ha quemado y le falta un almendrón. Sobre la consola de la esquina están sus llaves.

VAMOS A VER A MI HERMANITO

Cecilia era la más chica de los Cruz-Velarde, la única mujer y la más inquieta. Ella inventaba los juegos e incentivaba a sus hermanos a hacer travesuras. Pedro, el mayor de la familia, a pesar de ser su víctima más frecuente era irónicamente su fiel seguidor. Gracias a las temerarias aventuras se rompió dos dientes, sufrió urticaria por quemaduras de chichicaste e ingresó varias veces al hospital por intoxicación con sustancias desconocidas. Sin embargo nada de eso lo hizo cuestionar los planes de su hermana mayor, inclusive se tragaba el temor y aceptaba acompañarla a ver a su hermanito.

El hermanito del que nadie hablaba y era como si no hubiera existido. Cecilia descubrió el gran secreto un día que jugaban a las escondidas. Aunque la habitación de sus padres era un espacio prohibido para juegos ella corrió a esconderse debajo de la enorme cama de cedro. Su madre entró sin notarla y ella guardó silencio. Desde allí la vio cerrar la puerta y sacar de un cofrecito sobre el *secretaire* una pequeña llave dorada. Con paso lento se dirigió al enorme ropero que se erguía en la esquina cercana a la ventana y tomando aire hizo girar la cerradura. La mano derecha de su madre temblaba y la otra la guardaba en el pecho temerosa. El silencio era tal que Cecilia escuchó el *click* que anunciaba la derrota de la barrera. Luego vino el crujir de las bisagras y en cuanto se abrió la primera hoja la habitación fue invadida por una bocanada de aire viciado, escupida desde el interior del macizo mueble.

Su madre por fin liberó la mano refugiada en el pecho y su vista se centró en la última de las seis divisiones de gruesa

madera. Con cuidado movió algunos objetos y sujetó con las dos manos algo que Cecilia no alcanzaba a distinguir. Inútilmente trató de adivinar qué era lo que su madre apretaba contra el pecho, la pata de la cama le estorbaba. Quieta y llena de curiosidad aguardó a que su madre se cansara de mecer aquel objeto entre sus brazos. Al cabo de un rato repitió todos sus movimientos, incluso el temblor en su mano derecha, y salió de la habitación alisando su falda. El olor a rancio permaneció todo el día.

En cuanto su madre se marchó, Cecilia corrió en busca de Pedro. Moría de ganas por contárselo. Quería que él fuera testigo de su hallazgo. Había encontrado el lugar secreto de su madre. Allí guardaba los pepinillos que tanto les gustaban. Sin embargo, tuvieron que pasar varios días para que se diera el momento oportuno. Finalmente un jueves por la tarde su madre salió. Iba al sastre y tardaría. Ellos tenían que portarse bien y terminar las tareas.

El momento había llegado. Tomó a Pedro de la mano y empujándolo llegaron hasta la habitación. Él se rehusaba a abrir el ropero, el no quería husmear dentro de las cosas de su madre aunque fuera para buscar el frasco de pepinillos que tanto le gustaban. Sin hacer caso de las súplicas de su hermano, sacó la llave del cofre y abrió el ropero. Lo hizo con cuidado pero sin llevarse la mano al pecho. Justo antes de abrir la puerta le indicó a Pedro que aguantara el aliento. Sin respirar y tapándose la nariz, tal como se lo dijo Cecilia, Pedro vio en un bote enorme con un objeto flotando en un agua verduzca. Sin embargo no eran pepinillos sino un hombrecito, con ojos, boca y cabello.

Pedro no pudo aguantar más el aliento y soltó un grito aterrador. Cecilia lo calmó y le dijo que aquel hombrecito era su hermanito. Él se negaba a creerlo pero ella insistía. “Es nuestro hermanito y lo llamaremos Juan”.

Desde entonces Pedro se rehusó a comer pepinillos y temió cada vez que Cecilia le decía, en cuanto mamá se marche iremos a ver a nuestro hermanito.

LA SONRISA DE MAMÁ

Mamá siempre tuvo una sonrisa triste. La más triste de todas las que puedo recordar, ninguna como la de ella, nunca he podido compararla. Muchas veces he tratado de terminar frases como “era una sonrisa tan triste como...” pero nada viene a mi mente. A veces he llegado a describirla como profunda, permanente y azul, un tono de azul que lo abarcaba todo y atraía a muchos como el mar a los marinos.

Llorar era algo natural en ella, lo hacía sin siquiera desearlo, sin el menor esfuerzo, con o sin motivo; por felicidad o por tristeza, por cansancio o por gusto. Cualquiera hora o lugar era bueno, cuando sentía, una lagrima rodaba por su mejilla.

Nunca descubrí el por qué del llanto o de su triste sonrisa. Me resigné y pensé que era inexplicable, la tristeza simplemente era algo natural en nuestras vidas, tanto, que dejamos de notarla, no tenemos problemas con ella. Es un sentimiento como cualquier otro, sin prejuicio, sucede y la sentimos.

Recuerdo cuando era niña, la tristeza me era ajena, la conocí cuando mamá enfermó. Yo acababa de cumplir los cinco años cuando de un día para otro dejó de sonreír, comer, dormir y soñar. Se convirtió en un ser azul a quien yo tomaba de la mano para caminar por una vereda; caminábamos todas las tardes, sin importar si había sol, viento o lluvia. A veces el camino parecía interminable, llegué a temer que un día caminaríamos tanto que no podríamos volver a casa. Mi madre parecía no cansarse, se detenía solo porque yo rezongaba, lloraba e incluso pataleaba. Volvía sobre sus pasos resignados. Al día siguiente caminábamos de nuevo, tomadas de la mano.

El tiempo transcurrió y yo soñaba con que mamá botara de su cuerpo aquel color azul, pero ella parecía haberse eclipsado perpetuamente. Sentía todo en baja frecuencia, sus emociones eran una especie de dolor de cabeza o una pulsión en el estómago. Nada era demasiado intenso para hacerla reaccionar, nunca más, nada fue lo suficientemente fuerte para despertarla. La vida se convirtió en un sitio donde el cielo, el aire, el sol, los colores, los sonidos y hasta los olores eran los mismos. Una vez te contagias, nada te sorprende, al final del día no es tan malo, es simplemente lo que hay tras una sonrisa triste.

AUTORRETRATO DE CHICA SOLA EN CAFÉ

Quedamos a las cinco; ya pasan veinte de la hora y Carlitos no aparece. Tic-tac-tic-tac. La psicoanalista insiste que debo aprender a ser paciente, a no hacer conjeturas antes de tiempo. Respiro profundo. Todo el mundo se retrasa, eso no quiere decir que me dejó plantada, es un leve retraso. Nada más. Busco en mi bolso, saco papel y lápiz y garabateo. Aún puede que venga, tarde, pero que venga. Qué poco galante. ¿Dónde estará? ¿Qué estará haciendo?

No me gustan las citas, me hacen sentir nerviosa. Las mariposas en el estómago se convierten en pirañas devorando mi interior. Acepté por tratarse de Carlitos, es un buen amigo, muy bueno. La psicoanalista seguramente me preguntaría, si es solo un amigo ¿por qué me arreglé el cabello y me puse una falda bonita?

Estoy harta de darle vueltas a la carta; unos minutos más y podré repetirla de memoria: tarta de chocolate, nuez, ciruela, pie de limón, pecana, galletas de jengibre, mantequilla y especias. Hay diez y seis clases de infusiones y seis diferentes de café. Tienen dos tintos italianos, tres chilenos, uno español y cuatro blancos californianos. No me vendría mal una copa. Solo una.

El camarero ha venido por lo menos tres veces, empieza a impacientarse, puedo notarlo. He fingido estar indecisa, no me gusta comer sola, seguramente piensa que soy una de esas que al final de una hora pide un vasito con agua. Le pedí el periódico. Si no lo trae no le daré propina.

Dice que lo tiene otro cliente. Miente. Desde acá puedo verlo sobre el mostrador. Tengo serios problemas con la gente mentirosa. Además, me contestó de mala forma. Será mejor que me calme, no debo enojarme, aunque Carlitos siga sin venir y el camarero se niegue a traerme el periódico. Mejor pido algo de comer, la comida siempre sienta bien. Pediré una copa de vino, no, no lo haré. No es bueno que beba, menos sola.

Pedirle al camarero una infusión de naranja fue como ordenarle un vaso con agua; piensa que soy una tacaña. El té es bueno para los nervios. La tarde se puso fría, pronto oscurecerá, así son las tardes en septiembre. A penas son las seis y ya encendieron las velas. El ambiente se ha puesto romántico y yo sigo sola.

Carlitos, dónde te habrás metido. No puedo quitar la vista de la puerta, estoy pendiente de cuanta persona entra, es el síndrome del plantado, lo leí en alguna parte. La gente no me quita la vista de encima. Me están viendo. Lo sé. Seguro me ven con un dejo de lástima y comentan que me han dejado plantada.

Menos mal encontré una pluma y puedo garabatear todas estas tonterías. Estoy furiosa. Sorbo, juego con la cucharilla, muevo mi cabeza de un lado al otro, mi cuello truena. ¡Eso es! Jugaré ahorcado. Juzgaré y condenaré a Carlitos, por cada cinco minutos que pasen dibujaré una parte de su cuerpo hasta que muera. Mi psicoanalista estaría orgullosa de mí, de una maniática de la puntualidad, me he convertido en una psicópata pasiva.

Me molesta estar sola, no quiero estar sola. Al minuto seis dibujo la redonda cabeza de Carlitos. Ordeno algo más de comer: un toast de queso mascarpone con fresas y polvo de chocolate; eso compensará mi mal humor. La comida es satisfacción inmediata. Dibujo el torso ancho, lo borro, lo hago delgado, muy delgado; le queda mejor,

dadas las circunstancias. Al poco sensible del camarero se le ocurrió preguntarme si aún esperaba a alguien. Me agarró desprevenida, casi me pongo a llorar. Le dije que no y podría asegurar que sonrió.

Qué le pasó a Carlitos ¿por qué no viene, qué le pasaría, por qué no llamó para disculparse? Espero que tenga una muy buena excusa. Me muero de la duda, dejaré el orgullo a un lado y lo llamaré, vamos a ver qué inventa. ¡Mierda! He dejado el móvil, no está en este hoyo negro que tengo por bolsa. ¿Lo habré dejado en el coche, o tal vez en la oficina? Todo por salir de prisa. ¿Quizás me llamó? Seguramente llamó para decirme que no vendría más tarde o que no podía. Ahora ya no podré recriminarle con tanto fervor.

La gente sigue saliendo y entrando. Hace frío y yo sin chaqueta. Por lo menos la pareja de la esquina se marchó. Me tenía enferma de tanto arrumaco. Carlos, sinceramente, más te vale que mañana encuentre por lo menos dos llamadas perdidas y que tu disculpa sea muy convincente.

Para mi mala suerte está tronando, dentro de poco lloverá. Dejé el coche tan lejos que me empararé, me pasa por puntual, más me hubiera valido esperar por un espacio en el parqueo del café. Tonta de mí, por qué no soy como el resto de chicas y llego tarde a todo, debería aprender a hacerme esperar. Papá tiene la culpa, nos enseñó a ser puntuales.

No puede ser, acaba de entrar la última persona a quien quisiera encontrarme. ¿Qué hace acá? ¡Él no acostumbra a venir por esta zona! Ojala no me vea y se siente lejos, muy lejos. A Carlos ya solo le faltan los zapatos y la corbata. Deseo fervientemente que se encuentre atrapado en una interminable cola, con un fuerte dolor abdominal o a punto de quedarse sin gasolina.

Mi Dios, P... se sentó en la mesa de atrás. ¿Lo haría adrede? No voy a voltear, no voy a hacerlo. Tal vez no me reconozca,

tengo el cabello corto y lo he teñido de borgoña, además uso gafas. No me parezco en nada a la tonta que salía con él. Si dejara de llover podría salir corriendo, Dios mío, aplaca esta tormenta, quiero irme.

Está fumando, el aroma de su tabaco es inconfundible, tiene un delicioso toque a clavo. Me voy, no me importa mojarme, en cuanto me traigan la cuenta me marchó, la pedí hace diez minutos y nada. El camarero sigue vengándose de mí. Juro que nunca dejaré a nadie plantado, es detestable. Y pensar que la chica sola recibe una nota del que después será el amor de su vida. Patético. Eso no pasa en la vida real. Madura chica, madura.

Las cosas no podrían complicarse más. Una rubia despampanante se ha sentado con P. Seguramente es su nueva novia, siempre se sintió atraído por las rubias, yo fui la única de la colección que no encajaba en la descripción. Cinco minutos más y podré colocar la sogá.

Por fin viene el camarero, trae de regreso mi tarjeta. Mi Dios me hará pasar una terrible vergüenza. Se acerca sonriendo, se aclara la voz. Seguro no escuché bien; dice que el caballero de la mesa de atrás pagó la cuenta. P. viene hacia mí. Lo que faltaba. Lo siento Car-li-tos estás ahorcado.

BEATRIZ: EN ALGÚN CÍRCULO DEL INFIERNO

*No sé bien rededir como allí entré;
tan somnoliento estaba en aquel punto,
cuando el veraz camino abandoné.*

Canto I, Infierno

Beatriz entra a la cocina. Su padre está sentado en su silla de ruedas con la vista fija. Desde hace un año ella habla y él escucha. El silencio de su padre la está matando. Está harta y se ha propuesto hacerlo hablar, gritar o llorar...

¡Papá, papáito! ¡Qué tal amaneció? ¿Se tomó el café con los polvorones que le dejó Filomena? Acercándose a él le dice: pero, papáito ni siquiera lo ha probado, ande, coma algo, si sigue así se va a morir de hambre. Tomando la silla de ruedas le susurra al oído: voy a acercarlo a la ventana. Con voz fingidamente alegre comenta sobre el clima. Hoy hace un día precioso. Venga, anímese, salgamos al jardín. Las primeras lluvias dejaron el pasto verde y brillante. No hace tanto calor y se está muy bien afuera.

Su padre sigue sin inmutarse. —Puedo sacar la sombrilla y una jarra de té bien frío, como a usted le gusta. Vamos papá, diga algo.

Claramente molesta sube el tono de voz —Diga algo papá.

Luego con un dejo de ternura agrega —Si mamá lo viera todo desaliñado, se moriría de pena. Déjese por lo menos rasurar, parece perro con rabia, en cuanto ve el agua se retuerce y chilla ¿Qué voy hacer con usted?

Beatriz camina en círculos por la cocina mientras solloza. Primero dejó de caminar, luego de hablar, qué será lo siguiente —Colabore papá, no puede hacernos esto, no estamos muertos y esta casa ya huele a podrido.

Lo acerca a la mesa y se sienta frente a él; tomándolo de las manos le dice —Llore si quiere papá, pero haga algo, no es justo ni para usted ni para mi, no lo es.

En tono de súplica le dice —Hábleme, soy yo, papá, su hija.

Decidida, se pone de pie y se dirige a la mesita del salón y toma papel y lápiz. —Voy a escribir mi nombre en letra grande para que usted lo lea en voz alta.

Lo escribe y lo pone entre sus manos —¡Leálo papá, léalo! Contaré hasta diez; si cuando termine no lo ha dicho, me iré.

Sale de la cocina y desde el corredor grita: —Me iré Papá, no estoy bromeando. Uno, dos, estoy sacando las llaves del coche, tres.

Regresa a la cocina y se acerca a su silla, —cuatro, venga papá lo llevaré cerca del teléfono.

Su padre sigue sosteniendo la hoja entre las manos con la mirada fija —ande papá, diga mi nombre, cinco, seis, no sea necio.

Se dirige a la puerta —Estoy abriendo la puerta papa, siete.

Grita desde la cochera, —ocho.

Enciende el coche y le grita, —¡nueve! Es su última oportunidad, cuando cierre la puerta ya no podré escucharlo, —diez. Se marcha.

Beatriz se marcha sabiendo que deja su nombre escrito entre las manos temblorosas de su padre. Ahora es otra.

CINDERELLA

*People had call say
Beware doll you are bound to fall.*

Bob Dylan

Al salir de la ducha una ráfaga de viento la hizo estremecer. El agua escurría de sus cabellos hacia sus hombros, las frías gotas recorrían su espalda dejando una sutil marca. Tomó una toalla y la enrolló hábilmente alrededor del cuerpo; inmediatamente se sintió reconfortada.

Empezaba a oscurecer; a Cindy no le gustaba esta hora del día, la ponía nerviosa ser testigo de como la penumbra se apoderaba de todo. Tratando de escapar de las sombras, se acercó al lavabo y encendió la luz, bajo la calidez de los bombillos, a salvo, respiró profundamente. La blanquecina luminosidad la hacía ver pálida, como muñeca de porcelana, incluida la sonrisa fija, artificial y sin chispa.

Abrió el grifo y el vapor empañó la imagen, en el espejo apenas se delineaba una figura semihumana. Frotó su mano contra la superficie, esperando que con aquel sencillo acto reapareciera su verdadero yo. Desde hace un tiempo solo era capaz de ver su exoesqueleto, el envoltorio; pero ¿dónde estaba el resto, en qué habitación se había quedado atrapada? Generalmente un poco de maquillaje la ayudaría a tapar los rastros del desvelo, del desamor y del miedo. Los polvos lo cubrirían todo, sin embargo, hoy era el día en que procuraba ser

ella misma. Octubre veintisiete era el día en el que ella había venido al mundo, de eso hacía veintiocho años.

Su madre le contó que lo hizo antes de tiempo, en medio de estridentes gritos. Una semana antes de nacer la pateaba constantemente, parecía como si el vientre le estorbara. Ella lloró como ningún otro niño en el hospital, los médicos, pacientes y enfermeras, se asustaron al escuchar los alaridos saliendo de su frágil cuerpecito. No sabían si eran de auxilio, dolor o alegría. Esa llanto indescriptible la acompañó durante toda su niñez. Nadie, incluyéndose, supo descifrar sus lágrimas. Hasta que un día se agotaron. Desde hacía tiempo era incapaz de soltar una sola lágrima.

Cindy abrió de nuevo el grifo y los borbotones de agua caliente empañaron de nuevo el espejo. Apagó la luz, y de nuevo en penumbras, se internó en la habitación; saltó sobre la cama dejando caer su cabeza en la almohada. Amaba sentir el agua filtrándose por las fibras de algodón, creando poco a poco un agradable ambiente húmedo y cálido. Después, desató el nudo de la toalla y lentamente rodó sobre ella hasta llegar a la orilla dejando su cuerpo al descubierto. En silencio y con los ojos cerrados esperó a secarse.

Después, con desgana, hurgó en la maleta, escogió un sostén sin tirantes, unas bragas que hacían juego y unas medias. Puso un poco de crema en sus manos y se dio un rápido masaje por el cuerpo; por último, con cuidado se colocó las medias. Tardó en decidir qué vestido usaría, no sabía si el rojo o el negro. Se decidió por el nuevo, tenía la costumbre de asociar la ropa con la ocasión, así que sería mejor uno sin historia; además, si las cosas iban mal, sería más fácil deshacerse de él. Hacía casi un mes Rina, su asistente, le informó que un paciente estaba localizándola; había llamado por lo menos cuatro veces e incluso solicitó su número privado. Al ponerse las gafas vio el nombre de Dan. Nunca

pensó que llamaría de nuevo, le agradaba haberse equivocado. Pasó varias horas jugando con el mensaje hasta que por fin decidió llamarlo, pero no fue sino al tercer intento cuando se atrevió a hablarle. Una mujer contestó; estuvo a punto de cortar, pero aclarando la voz preguntó por el señor Harris; la voz al otro lado del teléfono le informó que estaba en una reunión. Dejó sus datos, colgó y se dejó caer sobre la silla. Toda esa ansiedad, por nada.

Ese día se quedó hasta tarde actualizando los expedientes, no quería volver a casa sola y tampoco quería pensar en Dan. No sabía por qué, pero él lograba robarle la tranquilidad. Un viejo cliente se lo había recomendado, generalmente no aceptaba atender a recomendados, casi siempre eran un fiasco. Él fue la excepción. Dan fue su tercera cita del día, y por mucho, la mejor. El mes había estado lento, ninguno de sus pacientes regulares parecía necesitarla; así que no dudó en aceptar tres llamadas seguidas. La primera resultó cómoda, siempre lo era con Jaime, llegaba justo a la hora y se marchaba puntual, sin pena ni gloria. La segunda llegó con retraso lo que la hizo correr para la última. Estaba retocándose el maquillaje cuando el portero le avisó que Dan estaba en la puerta.

Entró sin saludarla, se desplomó en el sillón y le pidió un trago; poco a poco fue relajándose, después de unos minutos lucía más tranquilo. Necesitaba desesperadamente que alguien lo escuchara, y ella sabía hacerlo; al despedirse no dejó de repetirle que la llamaría de nuevo. Cindy no lo creyó, por eso al ver su nombre en aquel mensaje fue toda una sorpresa.

Dan le devolvió la llamada pasadas las diez, fue breve y cortante, quería verla lo antes posible. Según ella había aprendido a no tener expectativas; sin embargo, no pudo evitar sentirse feliz. A la mañana siguiente, al encontrar su mensaje cancelando la decepción fue mayor. Ese mismo día

reservó su boleto; no había vuelo directo, así que pernoctaría una noche en un hotel cercano al aeropuerto.

La mañana antes pasó a la oficina a recoger una generosa paga, sin duda había valido la pena trabajar tanto. Estaba a punto de marcharse cuando recibió una llamada. Era Dan, regresaría al día siguiente y quería verla; con voz cortante le informó que ese mismo día salía de viaje, que no podía cancelarlo; que de milagro había conseguido un vuelo haciendo escala en el Prat. Estaba tan desesperado por verla que decidió encontrarla allí. En unas cuantas horas se verían en su hotel. Cindy no pasaría sola su cumpleaños.

Estaba casi lista, el vestido se amoldaba perfectamente a su cuerpo. A pesar del tiempo transcurrido el rojo era aún un color que le costaba llevar. Todo gracias a su fastidiosa vecina, cuando era pequeña la escuchó diciéndole a su madre que el rojo era para mujeres con carácter. Ese día su madre se preparaba para salir por primera vez desde la muerte de su padre y por su culpa estuvo a punto de arrepentirse. Aquella mujer era una amargada y su madre era una de sus víctimas favoritas. Frecuentemente se burlaba de ella por haber llamado a su única hija *Cinderella*. Lo había hecho respetando la última voluntad de su esposo que falleció antes de que naciera.

Él era norteamericano, negociante de ultramarinos; en uno de sus viajes a Galicia conoció a su madre. Cómo detestaba a aquella entrometida y cruel vecina, siempre tratando de ridiculizar su amor. Irónicamente, su madre sentía lástima por ella. No se cansaba de pedirle comprensión, la soledad le había agriado el carácter. Aquella mujer la hizo prometerse que pasara lo que pasara no sería una mujer con carácter y no permitiría que nada la amargara.

De un pequeño bolso a cuadros sacó una barra de labios; sonrió mientras la pasaba meticulosamente por su boca. Luego con una sutil mueca lo distribuyó uniformemente. Se

puso un poco Chanel No. 5 y por último se atornilló unos largos pendientes de perla. En voz alta dijo: Cindy, estás lista. Así le decía su madre al terminar de poner los lazos en sus trenzas, el último paso de su rutina diaria. Nada quedaba de aquella niña; ni siquiera el largo cabello color miel. La mujer frente al espejo lo usaba corto y teñido de naranja oscuro.

La luz roja del teléfono titilando llamó su atención. Alguien había dejado un mensaje, presionó el número ocho; era Dan excusándose, no lograría llegar a tiempo. Molesta y llena de rabia decidió bajar al bar. Esa ciudad era tan buena como otra para conocer gente. Celebraría su cumpleaños sola o con compañía.

En cuanto entró al bar varias miradas masculinas se dirigieron hacia ella. Se sentó en la barra y ordenó un *Cassis* con soda. Al poco tiempo se acercó J. sonriendo lo invitó a sentarse, ambos estaban solos y de paso. Hablaron con cuanta frivolidad fueron capaces, hasta beber lo suficiente para aceptar la invitación de J. y subir a su habitación. Él pagó la cuenta y subió primero, Cindy lo hizo pocos minutos después. J. la esperaba en la puerta, ella se inclinó a darle un beso en la mejilla y tomados de la mano, entraron a la habitación. Sentados con sus respectivos tragos en la mano reanudaron la conversación. Ella parecía concentrada y pendiente de lo que decía, aunque realmente pensaba en Dan. De vez en cuando asentía, lo hacía por instinto y casi nunca fallaba; sin embargo, en una de tantas se equivocó. Se dio cuenta de su error cuando J. le preguntó ¿en verdad crees que el amor es pasajero? Aquella noche no deseaba complacer a nadie; con un tono lleno de amargura le dijo estar totalmente convencida. J. se echó a llorar como un niño, ella maternalmente lo acarició hasta tranquilizarlo.

Cindy no dejaba de sorprenderse de sí misma, no sentía nada por él, pero recibía sin reparo sus caricias; tampoco tuvo

ningún inconveniente en irse a la cama. Al terminar J. se quedó dormido, se veía tan tranquilo que no quiso despertarlo; con cuidado recogió su vestido y se calzó. Fue al lavabo y borró con agua y jabón todo rastro de J. Antes de marcharse lo cubrió con una manta y apagó la luz.

La noche aún era joven, así que decidió subir a cambiarse para bajar de nuevo al bar. Sin sospecharlo, Dan la esperaba allí, había logrado tomar otro vuelo y corrió a reunirse con ella. Llamó a su habitación, al no obtener respuesta decidió bajar y tomarse algo; realmente quería verla, necesitaba hacerlo. Cindy tardó en arreglarse, cansado de esperar, él subió mientras ella bajaba por la escalera. Irónicamente, mientras Dan tocaba a su puerta ella se sentaba en la barra. El día estaba a punto de acabarse, ordenó otro *Cassis* y con el primer sorbo sonaron las doce.

EVA

Cinco de agosto 1993. En cuanto escuché sobre el charco de sangre encontrado en el callejón de la octava me dirigí hacia allí. La policía había acordonado el área y entrevistaba a todos cuanto pasaban. Nadie había visto ni escuchado nada.

Al igual que la ciudad, sus pobladores son adictos a la indiferencia. Seres humanos, edificios y animales estamos fusionados y nuestros espíritus atrapados en enormes cajas de cristal. Un charco de sangre más no nos perturba. Sin embargo yo sigo preguntándome qué pasó. ¿Quién era y cómo murió? La mancha de sangre dejó su huella, a pesar de que la lluvia se empeñaba en borrarla.

EL ÁNGEL ANUNCIA LA DESGRACIA

“...después de esto miré, y vi que había una puerta abierta en el cielo. La primera voz que oí era como de una trompeta que, hablando conmigo, dijo: ¡Sube acá y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas...!”

Una vida contigo es inimaginable... Una vida contigo es inimaginable”. Por horas esa sentencia retumbó como ola devastadora en la cabeza de Margarita. Las palabras levantaron su cerebro y lo dejaron caer en medio las decadentes volteretas. Atrapada en pavorosa telaraña todo lo demás se esfumó. Nada quedó de las otras palabras, dulces o agrias. Después de diez años juntos compartiendo una vida, eso sería lo único que recordaría. Veinte pasaban de

las doce y ella permanecía sentada en el mismo lugar, con un café frío entre las manos y la mirada fija en la ventana de la pequeña cocina. Él único movimiento perceptible en ella era el estremecimiento repentino que la sacudía al recordar su voz. Jamás había escuchado algo tan cruel. Una a una las palabras eran insignificantes pero hilvanadas formaban una terrible aseveración.

La habitación parecía una postal. Margarita estaba suspendida en el tiempo y el espacio mientras que su mente, en una dimensión paralela, recolocaba las palabras en busca de una frase menos perturbadora. Pero todo era inútil. Nada bueno podía decirse: *Es inimaginable una vida contigo. Contigo es inimaginable una vida.* Inimaginable es una vida contigo. Su voz se había desgastado, enmudeció antes de encontrar una fórmula más benevolente y al repetirlas, las palabras, cobrarán más fuerza, la insistencia de los locos, las repetía.

El reloj inclemente seguía la marcha. El tiempo no espera por nadie ni por nada. Las manecillas seguían su tic-tac-tic-tac tratando de alcanzarse. Los segundos caían sigilosamente hasta llegar al amanecer. Las pupilas dilatadas ante los primeros rayos del sol semejaban un agujero negro a punto de tragarse al resto del universo. Todo estaba a punto de llegar a su fin, después de jugar cruelmente con la frase se convirtió una pregunta y cobró más fuerza ¿una vida con ella era inimaginable? ¿La abandonarían todos? ¿Se quedaría sola?

Agotada, se dio por vencida, no era capaz de escapar de sí misma, era su propia prisionera. Resignada cerró los ojos y la noche volvió a caer en el apartamento de la *Favoritenstrasse*. Abrigada por la oscuridad por fin pudo llorar. El líquido ligeramente salado que salía de sus ojos le cubrió los tobillos, se ahogaría en su propio llanto. Lloró sin poder detenerse, sintiendo cómo el agua subía de nivel hasta que algo semejante a un buen augurio entró por la ventana. Una ráfaga de cálido

viento del sur entró por la hoja abierta, chocó contra ella y secó sus ojos de tajo. Una segunda ráfaga, menos cálida pero igual de rápida, evaporó el llanto del suelo dejando una capa de fino polvo blanco que cubría el suelo. Sin tiempo para pestañar una tercera corriente la levantó de la silla y la elevó por el aire. La insoportable levedad de su cuerpo favoreció al viento y la condujo hasta la ventana. Frente al cristal vio en las redes de la indiferencia como la vida continuaba.

Pasivamente, concentró su vista en la antigua lechería ahora convertida en una serie de viviendas mínimas ocupada por parejas, familias, mujeres y hombres solitarios. Día a día estos inquilinos se adaptaban a un espacio inundado por un dulce sabor a leche. Muchas veces pensó en aquel entorno lácteo como en una droga que mantenía a los colonos tranquilos y felices. Invasión sus cerebros y los transportaba a la niñez y reviviendo sus mejores recuerdos. Adormecidos, vivían sus vidas plácidamente, como los antiguos bovinos rumiando en el pasto.

Cuando derrumbaron la lechería se sintió triste y con la llegada de los colonos, como los llamaba, totalmente invadida. Hubiera preferido seguir escuchando el mugir de las vacas que el alboroto matutino de voces sin nombre ni apellido. Aquel piso fue alguna vez su refugio, por más de una década, veintiún escalones la conducían a su finito universo, poblado con las cosas que amaba, libros, especias, una cama alta y sus tazones chinos.

Fausto y ella lo buscaron por meses, querían un sitio donde construir un hogar, finalmente una tarde lluviosa de julio lo encontraron. En cuanto cruzaron la puerta sus sentidos se nublaron por decenas de macetas con margaritas adornando las ventanas, ella las amaba, en cambio Fausto les temía. Al verlas irremediamente venía a su mente la cantaleta de *te quiero, no te quiero, te quiero* y lo asustaba pensar que algún

día el último pétalo no lo quisiera.

Las paredes eran muy altas y la luz indiscreta entraba exhibiendo sin recato todo y a todos. Sin duda las dieciocho ventanas fueron decisivas para tomar el piso. Margarita amaba las ventanas, sentía una fascinación casi enfermiza, por ellas llegaban a su vida los olores, sonidos y vibraciones de la ciudad y sus habitantes. Por ejemplo hacía unas cuantas noches escuchó un solitario aullido de perro en celo, su grito la mantuvo despierta, contando las sillas del techo. Fausto las había colgado allí, pertenecían a un masivo y viejo juego de comedor. La mesa se quedó como único vestigio de aquel conjunto de oscura y pesada madera. Algunas veces fue mesa, cama, escenario de peleas y reconciliaciones. Ahora simplemente guardaba silencio y sus vetas empezaban a destilar olvido.

Margarita aún de pie frente a la ventana levantó la vista al cielo en busca de redención pero en cambio llegó una señal en forma de rayo dibujando en el cielo el rostro de Fausto. Era como un ángel bello y fugaz anunciando el Apocalipsis. Le siguió una visión, con ojos desorbitados contempló los techos de la ciudad y vio su cuerpo rebotando en ellos hasta alcanzar el suelo. Le pareció morbosamente sublime imaginar el sonido de sus huesos chocando contra el zinc.

Por fin la lluvia se desató, las gotas se precipitaban fuertemente, los rayos caían cada vez más cerca y las chispas saltaban frenéticamente en el tejado. Contagiada por la fuerza de la tormenta abrió la otra hoja de la ventana de par en par y se dejó llevar por el viento. Tal como lo había visto en la fatídica ensoñación, rebotó en el primer tejado y en el segundo hasta que nada se interpuso entre ella y el pavimento, dejando la impresión del cuerpo como cualquier gota de agua.

CENIZAS

“Cuando dos personas están bajo la influencia de la más violenta, la más insana, la más ilusoria y la más fugaz de las pasiones, se les pide que juren que seguirán continuamente en esa condición excitada, anormal y agotadora hasta que la muerte los separe”.

Margarita estaba en el pavimento, tendida boca abajo con la cabeza levemente girada hacia la izquierda. Respiraba, parpadeaba y de vez en cuando se quejaba. Irónicamente no había muerto pero estaba muy lejos de la salvación. En su estado un acto tan sencillo como respirar se había vuelto un martirio, así que procuraba no forzarse innecesariamente quería evitar a toda costa aquel terrible dolor que le provocaba el aire tratando escapar de sus pulmones. Al respirar sus costillas llegaban al límite, un poco más y dejarían de permanecer unidas perforando el corazón.

Irónicamente el calor del suelo acumulado durante el día la acogía maternalmente. Ningún miembro de su cuerpo respondía. Ni siquiera podía cerrar los ojos para dejar de ver el delgado hilo sanguinolento saliendo por su boca. El hilillo viajaba por sus comisuras, mentón y pecho como un río en busca del mar-charco de lluvia empozado en la calle. Había fracasado en su intento de morir pero, por la conciencia de sí misma estaba adormecida. Con la caída, su cerebro se desconectó. No había un solo recuerdo, idea o concepto. Era incapaz de diferenciar entre ella y la rata recorriendo su pierna o el perro acercándose sigilosamente.

Por el momento la noche la protegía de los curiosos pero no era impedimento para que perros, ratas y gatos tuvieran un banquete. Las bestias ciudadinas de ojos brillantes la contemplaban con deleite, para ellos su cuerpo era enorme trozo de carne. Famélicos y sin prejuicio o temor estaban listos

para atacarla por diferentes flancos. Los gatos fueron los más sutiles, lamieron las heridas buscando el punto más blando para morder o rasgar, luego se saboreaban llevando sus patas a la boca y dejando asomar nerviosamente sus pequeños dientes y afiladas uñas. Por el contrario, el líder de la cuadrilla de los perros sin preámbulo ensartó los dientes en su blanco y desprotegido costado. Lo que hizo que Margarita despertara del letargo y que sus depredadores salieran corriendo. Desde la esquina los más tenaces se quedaron observando en espera del último suspiro para volver y acabar con ella. Margarita ajena al interés de su público estalló en una serie de violentas e incontrolables convulsiones que sirvieron para mantenerlos alejados. Seguía sin deshojarse.

HELGA

“Las personas felices no tienen historia”.

El cuerpo de Margarita por ratos era un bello despojo en reposo pero al siguiente instante se apoderaba de ella una serie de violentos espasmos, parecía como si un demonio estuviera tratando de salir de un cuerpo que ya no tenía nada que ofrecerle.

Cansados de esperar a que muriera, algunas de las bestias se marcharon. Habían perdido tiempo esperando por ella y la noche era corta. Solo amparados por las sombras pueden recorrer callejuelas, trastiendas y basureros. Hambrientos y débiles permanecieron los más débiles atentos luchando contra el sueño.

Sin embargo, un nuevo personaje estaba por entrar en escena. Por capricho o voluntad divina, aquella extraña noche dos personas recibirían una segunda oportunidad. Un rechinido de ruedas viejas y maltrechas acompañados de

unos pasos firmes y secos se escuchaban cada vez más cerca. Las bestias empezaron a mover las colas y a maullar. Uno tras otro se ponían de pie para darle la bienvenida a la vieja. Sus cadavéricos hocicos sonreían con una ansiosa satisfacción. Pronto Helga los alimentaría y sus barrigas vacías por fin dejarían de gruñir.

La vieja Helga recorría con diligencia diariamente la ciudad desde el *Upper* hasta el *Downtown*. Recogía y repartía cuanta cosa se cruzaba en su camino. Algo encontrado en la calle 34 podía terminar en manos de alguien en la calle 10. La repartición era un juego de azar donde todos se sentían afortunados. Todos amaban a la vieja, muchos trababan de acercarse, conocerla, saber más de ella, pero ni siquiera los más audaces habían tenido éxito. Era muy hábil en evitar dar respuestas, muy pocos habían escuchado su voz. Todo este aire de misterio no hacía más que alimentar una serie de teorías sobre quién era. Aunque ni la más descabellada habría podido acertar que ella era una renombrada científica austriaca de los años 40 a quien el mundo creía muerta.

Helga se empeñó en desaparecer después de enterarse que su trabajo contribuía a la “solución final”. No pudo soportarlo y junto a tres camaradas planearon un accidente donde fingirían su muerte, sin embargo, la farsa se convirtió en realidad, todos, menos ella, murieron en la explosión. A ella la dieron por muerta porque aquella tarde de noviembre voló por el cielo gris cayendo en una calle aún más gris y sucia, junto a una pila de cadáveres, allí permaneció mezclada con cuerpos maltrechos y tatuados. Irónicamente, gracias a los cuerpos con estrella pasó inadvertida. Cualquier movimiento, suspiro o lágrima fuera de tiempo hubiera sido fatal.

Un mes estuvo sanando al ojo del público, luego tuvo que arrastrarse, aguantar el dolor y guardar todo sentimentalismo. Solo así fue capaz de embarcarse hacia a América y usar al

mar de barrera contra la pesadilla. Como todo emigrante en aquellos tiempos, Helga llegó a Nueva York, una magnífica ciudad para desaparecer. En cuanto se ponía un pie en tierra el resto del cuerpo se desvanecía entre rascacielos y diferentes colores de piel. Desde entonces habían pasado treinta años miniaturizada entre torres de vidrio que se empeñan en tocar el cielo. Todo este tiempo se había sentido segura hasta que un fantasma se le apareció en el *Upper Town*. Llena de temor infantilmente pensó que con mover su cabeza la visión desaparecería.

HANS

Mientras arrastraba el carrito la imagen de Hans seguía acaparando su mente. Quería huir, escaparse de la multitud y refugiarse en los callejones junto a los demás indigentes. Ella quería seguir muerta, estaba muy vieja para empezar de nuevo, no quería mudarse, aquella ciudad era su cementerio privado.

Tratando de acortar el camino a casa cruzó por la calle donde yacía Margarita tendida. El olor a carne podrida la hizo retroceder, instantáneamente recordó la sensación de ser un cuerpo más apilado en una larga pirámide. Cubriéndose nariz y boca con una sucia bufanda se acercó hasta el bulto que despedía aquel terrible olor. Al principio pensó que era un saco de vísceras descompuesto, incluso un perro tirado desde un coche en marcha pero jamás imaginó que era el maltrecho cuerpo de una mujer.

Pensó que estaba muerta hasta que los espasmos reiniciaron. Margarita estalló en arrítmicos movimientos que terminaron en una pose de muñeca de trapo con remiendos. Tenía que hacer algo, sino moriría, estaba contra el tiempo,

sus depredadores lo sabían y seguían coqueteando con Helga para que no olvidara compartir el botín.

A pesar de sus viejos huesos hizo acopio de fuerza y logró colocarla dentro de la carretilla. Los callejeros seguían cada uno de sus movimientos, sus ojos se entristecieron al verla partir calle abajo. Los más perseverantes la siguieron por varias cuadras, lamiendo el rastro de sangre y suspirando. Margarita se desintegraba, sus pétalos caían en un incesante mequiere-nomequiere-mequiere. Helga se detenía de cuando en cuando para acomodar sus brazos, que sin fuerza se resbalaban por los costados arrastrándose por el suelo. La lluvia que había estallado violentamente de nuevo retrasaba su marcha y sus cuerpos empapados empezaron a escurrir.

Era aún de noche cuando llegaron a casa, con Margarita a cuestas y jadeando a cada paso, llegó hasta la alcoba-cocina-baño-biblioteca y la acomodó en la cama. Por un instante se quedó petrificada ante la imagen de aquel cuerpo deshojado, luego empezó a limpiar los restos con ternura. Margarita se estremecía y lloraba al contacto, realmente no sabía si llamarlo llanto, era un líquido amargo con olor a muerte. Pasaban las horas y sin remedio la joven se marchitaba ante sus ojos. Desesperada y como último recurso, hizo con su mano derecha la señal de la cruz. Luego inclinó la cabeza y rezó para que viviera. Mágicamente las lágrimas cesaron y el putrefacto olor salió como enjambre enloquecido por la ventana. La noche llegó a su fin y Margarita seguía con vida. Helga había salvado una vida por las cientos que cegó.

EL MILAGRO

Los primeros rayos de luz atravesaron el sucio cristal, con gran esfuerzo se abrieron paso entre la mugre y el grueso vidrio. A

la claridad del día, la gravedad de las heridas resaltaba. Helga seguía al pie de la cama observando a Margarita, sus labios no habían dejado de moverse y entre sus manos aún se veía pasar un desgastado hilo con cuencas. Margarita recibía los rezos como pequeñas descargas de energía que calaban en su subconsciente, estimulando su maltrecho cerebro. En su mente pasaban miles de imágenes incomprensibles; primero fueron unas instantáneas de la niñez, los retratos infantiles duraron poco y fueron distorsionándose hasta desvanecerse. El cuerpo pueril de la protagonista adquirió otros matices, Helga sintió la excitación y su pulso más y más fuerte. Margarita sollozaba y la película de su vida seguía corriendo hasta llegar a Fausto: las palabras, el viento, el trueno, la ventana, el salto, los pies suspendidos en el aire, el tejado, el pavimento, el sonido de su cuerpo golpeándolo, la inconciencia, la mordida y el dolor lo abarcó todo. Un grito seco salió de su garganta, los vidrios estallaron y los oídos de Helga quedaron invadidos por un zumbido aterrador. Margarita levitó brevemente para caer desplomada en la desvencijada cama y al hacerlo recobró conciencia. Sus enormes ojos color lodo lo veían todo sin pronunciar palabra. En silencio se preguntaba si Helga era un ángel o un demonio, ¿sería ella su guía a través de los círculos del infierno? La vieja al ver su desesperación, maternalmente, la tomó entre sus brazos y la acercó a su pecho sintiendo en carne propia el dolor y un profundo deseo de morir. Agotadas, después de un tiempo el sueño las venció.

Helga soñó con el Viejo Mundo, todo en sucia sepia, las copas de los árboles estaban cercenadas, los edificios derrumbados, las calles colmadas de soldados, de cuerpos y de miedo. Su mundo se desmoronaba ante sus ojos. Exaltada despertó sintiendo alivio, aunque Margarita estaba igual de agónica que el sueño. En su sangre joven estaba arraigada la muerte, se había encapsulado en lo más recóndito de su ser.

Helga sabía que solo una transfusión le inyectaría vida. Como si el tiempo no hubiera pasado, con gran destreza pinchó su brazo, la sangre empezó a correr de un cuerpo al otro. La piel de Margarita recobraba el color y al mismo tiempo la de Helga perdía el suyo, tenía que detenerse sino la vida de ambas peligraría, su sangre no estaba lo suficientemente limpia para salvarla. La transfusión solo adormecería el mecanismo de autodestrucción, le compraría tiempo para convertir a Margarita en una nueva mujer. Acercándose a ella le susurró al oído: De ahora en adelante te llamarás Eva...

PROYECTO EVA

I cannot walk through the suburbs in the solitude of the night without thinking that the night pleases us because it suppresses idle details, just as our memory does.

Jorge Luis Borges

Eva era la oportunidad que Helga había estado buscando para redimirse, si lograba salvarla le daría a la humanidad una esperanza y compensaría al mundo de tanta muerte inútil. Si el proyecto Eva tenía éxito muchos dejarían de sentir el vertiginoso deseo de morir. No habrían tantas muertes “accidentales” bajo puentes, con una marca en la sien o con una sobredosis. Un orden nuevo estaba por crearse.

La clave era reprogramar sus emociones y hacer su mente invulnerable. Para eso la necesitaba estable y dormida, no quería que intentara acabar con su vida nuevamente, si quería tener éxito debía encontrar a Hans. Ahora entendía porqué había reaparecido en su vida, solo él era capaz de reestructurar

el cerebro de Eva y eliminar cualquier rastro de Margarita. Confiada en el sueño en el que había inducido a Helga salió en busca de un fantasma.

En cuanto puso un pie fuera de la buhardilla sintió el nerviosismo de sus vecinos, su ausencia había esparcido una ola de rumores. Algunos aseguraban haber visto un Buick atropellarla a gran velocidad, mientras cruzaba la calle, otros simplemente decían que había muerto de vieja. Los que más la extrañaron fueron los perros y los gatos hambrientos. Estaban a punto de desfallecer ante la falta de una mano bondadosa que los alimentara y les diera cariño. Por eso, al escuchar los rechinos de la carreta revivieron, sin embargo estaban un tanto confundidos, los pasos que acompañaban aquel chirrido eran más fuertes que los de costumbre. Pero en cuanto recibieron la primera dádiva sus dudas se despejaron.

Luego de congraciarse con ellos siguió su camino, en la esquina viró a la derecha y tomó la calle paralela al sitio donde había encontrado a Eva. De lejos vio a la policía y a los curiosos especulando qué había sucedido la noche anterior. El olor a muerte estaba impregnado en las paredes pero no había cuerpo que lo confirmara. A medida que caminaba los callejeros que seguían a Helga fueron quedándose rezagados, los más listos prefirieron quedarse lamiendo los restos de sangre y merodeando por si algún curioso dejaba caer algo que pudieran comer.

Helga estaba decidida a encontrar a Hans. Recorrería exactamente la ruta del día anterior, tenía la esperanza que siguiera siendo un hombre terriblemente rutinario. Él era el único que podía salvar a Eva, solo él podía realumbrarle el cerebro; su antiguo mentor, el doctor Kinsky se lo había enseñado, junto a él había experimentado con la corteza cerebral por más de veinte años, él mismo fue parte de las primeras investigaciones de Kinsky.

Llegó al hospital siendo un niño, el doctor Kinsky se encontraba haciendo su residencia. Era invierno y el pequeño había resbalado y caído bajo el agua congelada, nadie creía que se pudiera hacer algo por él. Kinsky trabajaba en un proyecto que, si tenía éxito, revolucionaría al mundo. Estaba convencido de que el cerebro era un órgano en constante formación y por lo tanto podía ser modificado, no se podía regenerar pero si crear nuevas conexiones y ampliar el área utilizada. Al ver a Hans pensó que él podía ser el primero en recibir su tratamiento y convenció a su madre de que le permitiera tratarlo.

El agua congelada había preservado el cuerpo, era como si estuviera embalsamado. Estaba en coma pero ningún órgano había sufrido daño permanente, con el transcurso de los días sus signos vitales se normalizaron. Kinsky lo conectó a su máquina estimuladora. Era un aparato simple, parecido al de *electroshock*, pero con conexiones precisas y de menor voltaje. Apenas unos minutos después de estar conectado Hans abrió los ojos.

El milagro había ocurrido y el niño estaba a salvo. Hans se convirtió en el protegido y en el conejillo de indias de Kinsky hasta convertirlo en su obra maestra. Lo convirtió en un virtuoso, Hans era tan capaz de demostrar una teoría matemática, reparar un complejo mecanismo, como de tocar al piano una *Suite* de Bach. Ninguno de los otros pacientes logró desarrollar tantas habilidades como él.

Hans se convirtió también en el discípulo perfecto, era tan obsesivo como el maestro. Su deseo más grande era encontrar el punto exacto donde residía el sufrimiento y dedicó todos sus conocimientos y energías para hacerlo. Usando la técnica de Kinsky descubrió las áreas del cerebro que eran fuente de ciertos trastornos psicológicos e hizo experimentos para inhibirlas. Después de varios años también descubrió que los pacientes depresivos presentaban ciertas perforaciones

por las cuales las sensaciones entraban de golpe causando los desajustes. Determinado parte del problema se dedicó a encontrar la forma de sellarlos. Sus experimentos iban bien encaminados cuando apareció el Mesías autoproclamado.

Empezó a predicar su doctrina en un pequeño pueblo en el centro del continente hasta llegar a las grandes ciudades. Viajaba por los pueblos en busca de hombres y mujeres de un tipo concreto, además hacía inventarios y catalogaba a niños, hombres y ancianos dependiendo de su procedencia y características físicas. En menos de seis meses todos los habitantes de aquel lejano país lucían en sus pechos diferentes etiquetas; dependiendo del color o diseño así eran las actividades que realizaban o el acceso a servicios y lugares.

Durante su recorrido el Mesías autoproclamado también había hecho un listado de las iniciativas científicas que se realizaban en el país. Como era de esperarse el trabajo de Kinsky captó su atención de inmediato. En cuestión de días tomó posesión del hospital y convirtió a los científicos en autómatas. Incapaz de soportarlo, junto a otros científicos incluyendo a Helga, Hans decidió huir. Se rehusaban a poner su conocimiento en manos de aquel loco.

Secretamente planearon la gran fuga. Finalmente el día tan esperado llegó sin embargo, Hans en el último momento decidió no hacerlo. No podía dejar al doctor Kinsky, era como su padre, estaba viejo y no podía acompañarlos. Había tratado de convencerlo pero su respuesta siempre fue la misma. No se marcharía él, no sobreviviría lejos de su madre patria.

Nada salió como se había planificado. Helga y Hans se separaron, sin embargo milagrosamente sus ojos se encontraron nuevamente. Fundidos en un abrazo Hans la siguió sin hacer preguntas, camino a la buhardilla lo puso al tanto de la

situación de Eva. Al escucharla, Hans no pudo evitar recordar a Helga el día que llegó al laboratorio.

HELGA/EVA

Al igual que Eva, Helga fue una muñeca de trapo cuarenta años atrás. Una frágil joven de ropaje roído, pálida y sin espíritu y como casi todos los pacientes de Kinsky, llegó al hospital medio muerta. Ella era otro milagro.

Hans estaba muy emocionado, tan emocionado como cuando vio a Helga embarcarse en el *América*. Siempre sintió alivio sabiendo que ella estaba viva, solo así pudo sobrevivir los años que reinó el Mesías autoproclamado. Después de la muerte de Kinsky fue prisionero de las circunstancias y los años pasaron sin detenerse.

Cuando llegaron, Eva seguía durmiendo, pero su aspecto había cambiado. Su cabello antes rubio ahora era completamente negro y había crecido hasta los hombros, su piel recobrababa el color y su rostro adquirió una palpable dureza. Al verla Hans supo con certeza que para sobrevivir Eva necesitaba olvidar. Realambraría su cerebro hasta convertirla en una nueva mujer, pero para eso necesitaban mantenerla dormida. Hasta que su mente estuviera más fuerte la induciría en una amnesia selectiva, encapsulando o eliminando todo lo dañino. El segundo paso sería llenar los vacíos con nueva información y nuevos recuerdos.

AWAKENING

Choose life. Choose a job. Choose a career. Choose a family. Choose a fucking big television... Choo-

se a starter home. Choose your friends. Choose leisure wear and matching luggage. Choose a three piece suite on hire purchase in a range of fucking fabrics. Choose DIY and wondering who you are on a Sunday morning. Choose sitting on that couch watching mind-numbing sprit —crushing game shows, stuffing fucking junk food into your mouth...

Trainspotting

El edificio en ruinas fue una perfecta fachada para el pequeño laboratorio, nadie era capaz de imaginar que tras esas paredes se estaba creando una nueva mujer, la nueva Eva que poblaría la tierra. Afuera los callejeros, aparentemente ajenos al gran acontecimiento, deambulaban fingiendo escepticismo e indiferencia.

Eva estaba conectada a una serie de sensores que registraban la actividad cerebral en un potente computador. Los pensamientos y recuerdos negativos emitían una onda particular que permitía aislarlos en un sector de la región límbica, allí encerrarían todo el sufrimiento. En el espacio liberado grabaron aspectos básicos de la evolución: la supervivencia, la selección natural, la adaptación. Helga insistió en programarla para asegurar su continuidad y la de su prole. Sus descendientes, con suerte, serían los depositarios de una nueva genética. Al séptimo día decidieron dejarla descansar y durmieron confiados que el milagro estaba ocurriendo.

Apenas amanecía cuando Eva abrió los ojos. Helga y Hans aún dormían. En silencio, Eva los observaba con detenimiento y confusión. Sin éxito buscaba en su mente algún indicio que le dijera quienes eran. Al incorporarse, sus

piernas desacostumbradas a sostener al resto de su cuerpo cedieron ante el peso. El estruendo del impacto contra el suelo los despertó. Sorprendidos vieron a Eva intentar ponerse de pie, Helga se acercó a ella y logró tranquilizarla. Era lo único familiar en aquella habitación. Después de unos minutos lograron hacerla dormir. Habían cometido un imperdonable error. Tenían que poblar su pasado con ellos en su recuerdo.

EPÍLOGO

*Forget it now, listen, when I die I don't want
any crying, just get the/disposal under way, I've
had a full some life, and/if anybody has had an
edge, I've/had it, I've lived 7 or 8 lives in one,
enough for/anybody*

C. Bukowsky

Era una mañana de agosto, casi un año después del accidente en el que Margarita perdió la vida. El cuerpo y la mente de Eva de cierta forma lo sabían y conmemoraban la fecha con un punzante dolor en la cabeza. Caminó entre una multitud y subió al metro. A unos cuantos asientos un extraño la veía, se sintió inexplicablemente atraída. Él se puso de pie, se acercó y sonriendo le preguntó, ¿MARGARITA?

LORENA FLORES MOSCOSO

Nació en Guatemala en 1974. Licenciada en Letras por la Universidad del Valle de Guatemala. Aparece en las antologías *Tiempo de narrar* (2007), *Narrativa guatemalteca* (2012) y *Ni hermosa ni maldita* (2012). Ha publicado los libros de ficción *Retrato anónimo* (2002), *La higuera* (2003), *Desnudo reposo* (2004), *Simplemente una invitada* (2006); y el libro de poemas *Sal* (2011).